



www.teatroenmiami.com

Biblioteca

- EL COMETA HALLEY
Reinaldo Arenas
- EL POLVO A LA MITAD
Jesús Díaz
- ENCICLOFERIA
Luis Rogelio Noguerras
- SALÓN PARAISO
Virgilio Piñera
- EL VIAJE
Virgilio Piñera
- DE LOS TERRIBLES INOCENTES
Eliseo Diego
- EL CAMBIO
Antón Arrufat
- EL JUEGO DE LAS
DECAPITACIONES
José Lezama Lima

ANTOLOGÍA DE CUENTOS CUBANOS

EL COMETA HALLEY

Reinaldo Arenas

(En Aire de luz. Cuentos cubanos del Siglo XX. Selección y prólogo: Alberto Garradés. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998)

Para Miguel Ordoqui

«Nadie puede conocer su fin»

Federico García Lorca: La casa de Bernarda Alba

Aquella madrugada de verano de 1891 (sí, de 1891) en que Pepe el Romano huye con la virginidad de Adela, mas no con su cuerpo, todo parece haber terminado de una manera sumamente trágica para las cinco hijas de Bernarda Alba: Adela, la amante de Pepe, colgando de la viga de su cuarto de soltera, Angustias con sus cuarenta años de castidad intactos, y el resto de las hermanas, Magdalena, Amelia y Martirio, también condenadas a la soltería y al claustro.

No sucedieron las cosas, sin embargo, de esa manera. Y si García Lorca dejó la historia trunca y confusa, lo justificamos. Aún más arrebatado —y con razón— que sus propios personajes, se fue detrás de Pepe el Romano, «ese gigante con algo de centauro que respiraba como si fuera un león»... Pocas semanas después (pero ésa es otra historia) el pobre Federico parecía a manos de aquel espléndido truhán, quien luego de desvalijarlo, ay, y sin siquiera primero satisfacerlo (hombre cruelísimo), le cortó la garganta.

Pues bien, mientras Bernarda Alba disponía, con implacable austeridad, los funerales de su hija, las cuatro hermanas, ayudadas por la Poncia, descolgaron a Adela y entre bofetadas, gritos y reproches la resucitaron o, sencillamente, la hicieron volver de su desmayo.

Ya la voz de Bernarda Alba conminaba a las cinco mujeres a que abrieran la puerta, cuando, todas a una, decidieron que, antes de seguir viviendo bajo la égida de aquella vieja temible, era mil veces preferible darse a la fuga. Ayudadas por la Poncia, las cinco hermanas saltaron por la ventana de la casa, saltaron también la tapia y el establo y ya en pleno descampado

(bajo una luna —hay que reconocerlo— espléndidamente lorquiana) el hecho de que se sintieran por primera vez libres abolió momentáneamente sus recíprocos rencores. Las cinco hermanas se abrazaron llorando de alegría y no sólo juraron abandonar aquella casa y aquel pueblo, sino toda Andalucía y toda España. Un tramo después las alcanzó la Poncia, a pesar de su cólera, y con un júbilo que tenía por origen no la felicidad de las señoritas sino la caída de Bernarda Alba, les entregó todas las joyas de la casa, sus propios ahorros y hasta la dote reservada para la boda de Angustias. Las muchachas le rogaron que las acompañara. Pero su sitio —respondió ella— no estaba del otro lado del mar, sino junto a la habitación de Bernarda Alba, cuyos gritos de rabia la arrullarían —así dijo— mejor que el mismísimo océano.

Se fueron.

Mientras Federico expiraba insatisfecho, ellas, cantando a veces los versos del poeta moribundo, atravesaron infinitos campos de girasoles, abandonaron Córdoba y Sevilla, se internaron en la Sierra Morena y ya en Cádiz sacaron un pasaje para La Habana, donde llegaron un mes después todavía eufóricas y como rejuvenecidas.

Alquilaron casa en la calle del Obispo, cerca del mar. Y esperaron (demasiado seguras) el arribo de los futuros amantes. Pero con excepción de Adela, ninguna de las otras hermanas parecía tener suerte con los hombres. Angustias se pasaba día y noche junto a la reja de la ventana, pero en vano. Magdalena, larga y treintona, paseaba todas las tardes por El Prado, logrando sólo que un Teniente de Dragones la atropellase con el caballo además de insultarla por obstruir el tráfico. Amelia, con su joroba, no recogía más que burlas y una que otra pedrada propinada por algún negrito del Manglar (por cierto que una noche, varios jovencitos del cuerpo de Voluntarios Españoles intentaron tirarla a los fosos del Castillo de la Fuerza, acusándola de bruja y de haberle faltado el respeto a los soldados del Rey). En cuanto a Martirio, tal vez con la esperanza de que algo se le pegara, no le perdía pie ni pisada a Adela, cuyo vientre aumentaba por días al igual que el número de sus amantes.

Pero aunque las demás hermanas sabían, y se resentían, de la vida amorosa que con tantos éxitos llevaba Adela en La Habana, el escándalo y la condena unánime sólo estallaron cuando ella dio a luz. Veinticinco hombres rotundos (entre ellos seis negros, cuatro mulatos y un chino) reclamaron la paternidad del niño, alegando que el mismo era sietemesino. Las cuatro hermanas, que vieron en el rostro del recién nacido la imagen de Pepe el Romano, no pudieron tolerar aquella ofensa —aquel triunfo— de Adela. La declararon maldita y decidieron abandonarla. También decretaron que el niño no era digno de vivir con una madre tan disoluta, por lo que se lo llevaron, no sin antes bautizarlo en la Catedral con el nombre de José de Alba. Adela lloró con sinceridad, pero allí estaban sus veinticinco pretendientes para consolarla.

Angustias, Magdalena, Amelia y Martirio decidieron establecerse cerca del mar, en un pueblo retirado. Luego de hacer numerosas indagaciones optaron por instalarse en Cárdenas.

El pueblo (ahora lo llaman ciudad) era minúsculo, absolutamente provinciano y aburrido, tan diferente de la calle del Obispo, siempre llena de pregones, carruajes, olores, mujeres, caballos y hombres. Cosas todas que de algún modo las desesperaban, obligándolas a ponerse el mejor traje, las mejores prendas, el mejor perfume, y salir a la calle... Pero en Cárdenas nada de eso era necesario. Las vecinas no se oían, y en cuanto a los hombres, siempre estaban lejos, pescando o trabajando en la tierra.

—Nacer mujer es el mayor de los castigos— dijo en voz alta Angustias cuando terminaron de instalarse en la nueva vivienda.

Y, tácitamente, desde ese mismo instante las cuatro hermanas se prometieron dejar de ser mujer.

Y lo lograron.

La casa se llenó de cortinas oscuras. Ellas mismas se vistieron de negro y, a la manera de su tierra, se encasquetaron cofias grises que no se quitaban ni en los peores días de verano, verano que aquí es infinito. Los cuerpos, sin aspiraciones, se abandonaron al sopor y a la desmesura del trópico, perdiendo las pocas formas que aún tenían. Todas se dedicaron, con pasión bovina y reglamentaria, a la educación del sobrino.

Desde luego, en aquella casa jamás se mencionó el nombre de Adela ni por equivocación. José, o Pepe, era para ellas, y aun para él, el sobrino traído de España luego de la muerte en parto de la madre. La historia era tan verosímil como cualquier otra, y como era además patética, todos, hasta ellas mismas, terminaron creyéndola. También con el tiempo —y ya habían pasado dieciocho años de su llegada a la isla— hasta ellas mismas se olvidaron no sólo de la historia de Adela, sino de la misma Adela. Por lo demás, las nuevas calamidades que hubieron de enfrentar unidas les fueron creando nuevos recuerdos o pesadillas: la guerra de independencia, que a ellas las discriminaba, la hambruna del 97, el nacimiento de una república que, en lugar de instaurar el fin de la guerra, parecía más bien desencadenar incesantes rebeliones. Y como si todo aquello fuera poco, una suerte de insolente populacho —la morralla, lo llamaban ellas— se había instalado por todos los sitios, y de alguna forma (ya las llamaban despectivamente «las monjas españolas») querían que ellas se integrasen a aquella suerte de barahúnda no sólo escandalosa sino también grotesca.

Pero las hermanas Alba se amurallaron aún más en su castidad y también en la próxima vejez, dedicando todos sus esfuerzos al cuidado de su sobrino, quien era ya un bello adolescente, tímido y de pelo ensortijado (como su padre), y que sólo salía a la calle a vender las flores de papel y esperma o los tejidos de punto que sus tías le entregaban.

A pesar de la envidia de algunos, la vida recogida y realmente intachable de las cuatro hermanas adquirió en toda Cárdenas una suerte de distante admiración. «Las monjas españolas» llegaron a ser las mujeres más respetadas del pueblo. Y cuando se quería elogiar en alguna mujer su moralidad, casi siempre se decía «es tan casta como una de las hermanitas Alba». El cura del pueblo (ellas iban siempre a misa acompañadas por su sobrino) las citaba como ejemplo de «tesón y moralidad cristiana». La fama llegó a su apoteosis cuando el párroco las elogió en un sermón un domingo de Pascua. Ciertamente Angustias hacía también a veces de sacristana del viejo cura y, acompañada por sus tres hermanas, desempolvaba el altar, barría la iglesia y baldeaba el piso con tanta disciplina que tal parecía que el espíritu de Bernarda Alba la estuviese supervisando. Pero hay que reconocer que aquel trabajo lo hacían ellas no por obligación o por hipocresía, sino por devoción.

Lo único que interrumpía la monótona vida de las cuatro mujeres eran sus visitas dominicales a la orilla del mar. Vestidas de negro hasta los tobillos con sus mejores trajes, con grandes sombrillas también negras, llegaban hasta la costa más bien desolada de Cárdenas y allí, de pie

entre la arena y los pedernales, permanecían a veces más de una hora, como extraños y gigantescos cuervos a quienes el incesante batir del mar los hechizase. Antes del oscurecer emprendían el regreso a la casa envueltas en esa luz insólitamente violeta que es atributo exclusivo de aquella región. Entonces parecía como si vinieran de una fiesta. José, sentado en el portal, las esperaba con el producto de la venta que ese día, por ser domingo, era mayor. Ellas entraban en la casa no sin antes mirar con cierto discreto orgullo la pequeña placa (VILLALBA FLORES Y TEJIDOS) que desde hacía años habían colocado junto a la puerta.

Todo parecía indicar que la vida de aquellas mujeres, cada día más devotas y silenciosas, iba a derivar hacia una beatería casi enfermiza donde todos sus movimientos estarían regidos por el toque de las campanas.

También es necesario tomar en cuenta el comportamiento del sobrino. Solitario, tímido, correctamente vestido (esto es, asfixiándose dentro de aquellos trajes negros), no tenía más trato con el exterior que el estrictamente necesario para realizar la venta de la mercancía de la cual vivían. Tenía dieciocho años, pero nadie le conocía novia o amiga alguna. Tampoco parecía que necesitase de otro cariño que de aquél, maternal y a la vez distante, que sus tías le brindaban. Y ese cariño compartido bastaba también para llenar la vida de las cuatro mujeres. Sí, ninguna de ellas se acordaba ya de haber tenido —las palabras son de la Poncia— «una lagartija entre los pechos». Mucho menos de que alguna vez llevaran entre las piernas —la expresión es de Martirio— «una especie de llamarada».

Cierto que nadie puede conocer su fin, pero el de las hermanas Alba en Cárdenas parecía que iba a ser apacible o, al menos, muy remoto de toda exaltación o escándalo.

Algo insólito tendría que ocurrir para sacar aquellas vidas, extasiadas en su propia renuncia, de sus sosegadas rutinas. Y así fue. Un acontecimiento fuera de lo común sucedió en aquella primavera de 1910. La tierra fue visitada por el cometa Halley.

No vamos a enumerar aquí las espeluznantes catástrofes que, según la prensa de aquella época, ocurrirían a la llegada del cometa. Las bibliotecas conservan esos documentos. Baste con decir que el más popular (y hoy justamente olvidado) de los escritores de aquel momento, el señor García Markos (quien, naturalmente, también se consideraba astrónomo), autor de libros como Astrología para las damas y Lo que las señoritas deben conocer de las estrellas, además de El amor en los tiempos del vómito rojo, dio a la publicidad una serie de artículos que en pocas semanas recorrieron el mundo y donde, con cierta verborrea pseudocientífica, se explicaba que al entrar la cola del cometa en la atmósfera terrestre, ésta se vería contaminada («enrarecida») por un gas mortal que significaría el fin de la vida en todo nuestro planeta, pues, citamos, «al combinarse el oxígeno de la atmósfera con el hidrógeno de la cola cometaria, la asfixia inmediata sería inevitable». Esta descabellada información (descabellada ahora que han pasado cuarenta años de su publicación), quizás por lo insólita y dramática fue tomada muy en serio. Por otra parte, como hipótesis no era fácil de rebatir: el cometa, según García Markos, se acercaba un poco más a la tierra cada vez que repetía su visita. Ese año —¿por qué no?— podía llegar el fin... También el pseudocientífico afirmaba que, conjuntamente con el fin del mundo, nos azotaría una plaga de centauros, hipogrifos, peces ígneos, extrañas aves viscosas, ballenas fosforescentes y «otros monstruos estratosféricos» que, producto de la colisión, caerían también sobre este mundo junto con una lluvia de aerolitos. Y todo eso fue también tomado al pie de la letra por la inmensa mayoría. No olvidemos que aquéllos (como todos) eran tiempos mediocres en los que la estupidez se confundía con la inocencia y la

desmesura con la imaginación.

El cura de Cárdenas acogió con fanático beneplácito las predicciones apocalípticas del señor García Markos y todos sus seguidores. En un sermón inspirado y fatalista vaticinó abiertamente el fin del mundo. Un fin clásico, tal como lo anunciaba la Biblia, envuelto en llamas. Y, naturalmente, ese fin se debía a que las incesantes cadenas de excesos e impiedades cometidos por el hombre durante toda su trayectoria habían colmado ya la cólera divina. El fin no sólo era, pues, inminente, sino merecido. Lo cual no impidió, sin embargo, que muchos de los habitantes de Cárdenas (y seguramente de otros sitios) se dedicaran a la construcción de refugios subterráneos donde perentoriamente guarecerse hasta que el fatídico cometa se alejase de nuestra órbita. Es cierto que también algunos cardenenses, en vez de tomar precauciones contra el desastre, lo adelantaron quitándose la vida. En el municipio se conservan cartas desesperadas de madres que antes que enfrentarse a la conflagración universal prefirieron adelantarse a ella junto con toda su prole.

El cura, por supuesto, condenó esos suicidios, así como también la construcción de albergues para evitar el fin. Ambas acciones, declaró en otro sermón, eran actos soberbios, paganos y hasta ilegales, puesto que intentaban eludir la justicia divina.

Cuando Angustias, Martirio, Magdalena y Amelia volvían de escuchar el sermón, encontraron a su sobrino en el jardín, donde acababa de construir un refugio con capacidad para cinco personas.

—Vuelve a tapar ese hueco —ordenó Angustias con voz lenta pero imperturbable.

Y como el sobrino protestara, las cuatro hermanas volvieron a colocar la tierra en su sitio. Terminada la faena, Martirio comenzó a sembrar las plantas que Pepe había arrancado.

—Mujer —le llamó la atención Magdalena—, no comprendes que todo eso ya es inútil.

Martirio, que sostenía en alto unas posturas de jazmines del Cabo, empezó a llorar.

—Entren —ordenó Angustias empujando a las hermanas—. ¿No se dan cuenta de que están dando un espectáculo? ¿Qué dirán los vecinos?

—¿Y tú no te das cuenta de que eso tampoco tiene ya ninguna importancia? —le dijo entonces Martirio secándose las lágrimas.

Por un momento Angustias pareció dudar, pero enseguida dijo:

—Tal vez nuestros últimos actos sean los que más se tomen en cuenta.

Y las cuatro hermanas entraron en la casa.

Oscurecía.

Llegaba, pues, la fatídica noche del 11 de abril de 1910. Para las primeras horas de la madrugada estaba anunciada la conjunción del Halley con la tierra, y, por lo tanto, el fin del mundo.

Es de señalarse que, a pesar de las apasionadas e incesantes prédicas del señor cura, algunos cardenenses no las tomaron en consideración. Otros, aunque estaban convencidos de que esa noche sería el fin, no se dedicaron al arrepentimiento y la oración, sino que, por el contrario, como eran ya las últimas horas que les quedaban en este mundo, decidieron disfrutarlas por lo grande. Desde por la tarde empezaron a salir a la calle grupos de jóvenes borrachos, quienes, además de provocar un barullo insólito para aquel pueblo, cantaban cosas atrevidísimas y usaban expresiones no menos desvergonzadas. A esos grupos se les unieron varias mujeres que hasta entonces llevaban una vida más o menos discreta. De modo que el barullo alteraba a veces hasta la letanía de las oraciones que, encabezada por Angustias, era repetida por sus hermanas.

En medio de aquel escándalo, oyeron el ruido de un carruaje que se detenía frente a la casa, y pocos segundos después los golpes de alguien que tocaba a la puerta.

—¡No abran! —gritó Angustias sin soltar el rosario.

Pero los golpes se hacían cada vez más fuertes, por lo que las cuatro hermanas, escoltadas por José de Alba, decidieron asomarse al exterior.

Frente a la puerta, que ahora se acababa de abrir con innumerables precauciones, estaba Adela. Vestía un hermosísimo traje de noche hecho de tafetán verde con encajes rojos, guantes blancos, mantilla también roja y espléndidos botines de fieltro; en las manos traía un bellissimo abanico hecho con plumas de pavo real y un bolso de lentejuelas que tiró al corredor para abrazar a sus hermanas. Pero éstas retrocedieron espantadas. Adela, sin inmutarse, entró en la casa contoneándose a la vez que le hacía una señal al cochero para que bajase el equipaje, un monumental baúl con excelentes vinos, copas de Baccarat, un gramófono y un óleo que era una reproducción ampliada del retrato de Pepe el Romano.

—Parece que la única cristiana que hay en esta familia soy yo —dijo avanzando por la sala—. Me he acordado de ustedes en el momento extremo. Y, además, las perdono.

—Pero nosotros no —rechazó Angustias.

—Chica —respondió Adela, y ya se quitaba los zapatos—, entonces no sé cuál es tu religión, si ni siquiera en un momento como éste eres capaz de perdonar a tu propia hermana.

Y miró para el rosario que Angustias aún sostenía entre los dedos y que en estos momentos le pareció un objeto extraño, casi un estorbo.

—Hermanitas —dijo Adela emocionada y aprovechando la confusión que sus últimas palabras habían causado—, he venido porque ésta es la última noche. ¿No se dan cuenta? ¡La última noche que nos queda en el mundo! Al igual que nos escapamos juntas de aquel mundo que nos

pertenecía y aborrecíamos, también quisiera que nos fuéramos juntas de éste donde de tan diferente manera hemos vivido, pero donde nunca, ¡ni un solo día!, he dejado de recordarlas.

Y si algo más iba a agregar no pudo hacerlo. Su cabeza se hundió entre los rojos tules de su falda y comenzó a sollozar.

Martirio fue la primera en acercársele y, arrodillándose, le abrazó las piernas. Al momento llegaron Amelia y Magdalena, también llorando. Por último Angustias le tomó una mano y señalando hacia José de Alba, le dijo a Adela:

—Ése es tu hijo. No creo que tengas ya mucho tiempo para explicarle quién eres.

—Ni es necesario —contestó Adela—. Él ya es un hombre y lo puede comprender todo.

Un hombre, era un hombre, se dijo para sí mismo con júbilo José de Alba, y no pudo impedir que sus mejillas se ruborizaran.

—Un hombre —repitió Adela—. Y muy guapo, como su padre.

Y luego de decirle al cochero que atendiese los caballos, fue hasta el gran baúl y comenzó a desempacar. Puso las copas y las botellas de vino sobre la mesa, sacó el enorme retrato de Pepe el Romano y, antes de que pudiera levantarse protesta alguna, colgó el espléndido lienzo (era una obra de Landaluze) en la pared de la sala.

Ante la vista de aquella imagen, las hermanas Alba quedaron súbitamente transformadas.

—Sí —continuó Adela, mirando arrobada al cuadro y luego a su hijo—, es el retrato de su padre, aunque más guapo. Y pensar que he venido a conocerte precisamente cuando se acaba el mundo. ¡Un sacacorchos!

—¿Cómo? —dijo Angustias, asombrada ante esa transición en el discurso de Adela.

—Sí, chica, un sacacorchos. ¿O es que vamos a esperar el fin del mundo sin tomarnos una copa?

Angustias fue a poner alguna objeción. Pero allí estaba Martirio con un sacacorchos.

—¿De dónde lo sacaste? —interrogó Magdalena asombrada—. En esta casa eso nunca se había utilizado.

—No lo utilizas tú porque nunca has cocinado. Pero, ¿con qué crees que se abren aquí las botellas de vinagre?

—¡Hombre! Pero parece mentira —interrumpió Adela llenando las copas de un excelente vino rojo—; se acaba el mundo y ustedes discuten por un sacacorchos. Tomad las copas y vamos al jardín a ver el cometa.

—No aparece hasta la medianoche —dijo Amelia.

—Se ve que no estás al día —objetó Adela—. A medianoche es cuando se acaba el mundo, pero desde que oscureció se puede ver el cometa. ¿Es que no han leído los diarios de La Habana?

—Nunca leemos esas cosas —protestó Angustias.

—Ustedes se lo pierden —dijo Adela—, y ya sí que es demasiado tarde.

Y tomando la mano de su hijo que la contemplaba embelesado, salieron al jardín.

Era una noche espléndida como sólo en ciertos lugares del trópico, y específicamente en Cuba, suelen observarse. De la tierra y del mar brotaba una pálida fosforescencia. Cada árbol parecía sobrecogerse sobre su propia aureola. El cielo, en aquel pequeño pueblo donde aún se desconocía la electricidad, resplandecía con la potencia de un insólito candelabro. Allí estaban todas las constelaciones, las más lejanas estrellas, lanzando una señal, un mensaje tal vez complicado, tal vez simple, pero que ya ellos no podrían descifrar jamás. La Cruz de Mayo (aunque estábamos en abril) se dibujaba perfectamente; Las Siete Cabrillas eran inconfundibles, Orión parpadeaba rojizo, lejano y a la vez familiar. Una luna de primavera se elevaba sobre el mar formando un camino que se perdía sobre las aguas. Sólo un cuerpo como una serpiente celeste rompía la armonía de aquel cielo. El cometa Halley hacía su aparición en la tranquila y rutilante inmensidad de la bóveda austral. Entonces, con voz remota, pero muy clara, Adela empezó a cantar.

Abrir puertas y ventanas

las que vivís en el pueblo,

el segador pide rosas

para adornar su sombrero.

Y súbitamente, como si un poderoso impulso, por muchos años contenido, se desatase, el resto de las hermanas la corearon.

El segador pide rosas

para adornar su sombrero.

Cantaban, y Adela, que había tenido la precaución de llevar una botella de vino, volvió a llenar las copas.

Abrir las puertas y ventanas

las que vivís en el pueblo.

Vamos a casarnos a la orilla del mar.

A la orilla del mar...

Y otra vez se vaciaron las copas. Entonces Adela comenzó a hablar.

—Sí —dijo, señalando para el cometa—. Esa bola de fuego que ahora cruza el cielo y que dentro de pocas horas nos aniquilará, es la bola de fuego que todas ustedes —y señaló tambaleándose a sus cuatro hermanas— llevan entre las piernas y que, por no haberla apagado en su momento oportuno, ahora se remonta y solicita justa venganza —aquí algunas intentaron protestar, pero Adela siguió hablando a la vez que servía más vino—. Esa bola de fuego es el carbón encendido que Bernarda Alba quería ponerle en la vagina a la hija de la Librada por haber sido mujer. ¡Hermanas!, esa bola de fuego son ustedes, que no quisieron apagar en vida sus deseos, como lo hice yo, y ahora van a arder durante toda la eternidad. Sí, es un castigo. Pero no por lo que hemos hecho, sino por lo que hemos dejado de hacer. ¡Pero aún hay tiempo! ¡Pero aún hay tiempo! —gritó Adela irguiéndose en medio del jardín, mezclando su voz con las canciones que los borrachos cantaban por las calles en espera del fin—. Aún hay tiempo, no de salvar nuestras vidas, pero sí de ganarnos el cielo. ¿Y cómo se gana el cielo? —interrogó ya ebria, junto a una de las matas de jazmín del Cabo—. ¿Con odio o con amor? ¿Con abstinencia o con placer? ¿Con sinceridad o con hipocresía? —se tambaleó, pero José de Alba, que ya se había transfigurado en la viva estampa de Pepe el Romano, la sujetó, y ella, en agradecimiento, le dio un beso en la boca—. ¡Dos horas! ¡Nos quedan dos horas! —dijo mirando su hermosísimo reloj de plata, regalo de un pretendiente holandés—. Entremos en la casa y que nuestros últimos minutos sean de verdadera comunión amorosa.

Las seis figuras entraron tambaleándose en la sala. El calor del trópico las hizo despojarse, con la ayuda de Adela, de casi todas las indumentarias. Las cofias, los guantes, los sobretodos, las faldas y hasta las enaguas desaparecieron. La misma Adela desprendió a su hijo del bombín, el saco, la corbata y hasta la camisa. Así, semidesnudo, lo llevó hasta el retrato de Pepe el Romano y propuso un brindis general. Todos levantaron las copas.

—No sé lo que va a pasar aquí —dijo Angustias, pero sin acento de protesta; y como se tambaleara, buscó apoyo en el brazo de su sobrino.

—Un momento— dijo Adela, y llegándose hasta el baúl extrajo el gramófono que colocó en la mesa de centro.

De inmediato toda la casa se llenó con la música de un cuplé cantado por Raquel Meller.

No fue necesario organizar las parejas. Angustias bailaba con Pepe, Magdalena lo hacía con Amelia, y Martirio conducía a Adela, quien en ese momento, desprendiéndose de la blusa, confesaba que nunca se había acostumbrado al calor del trópico.

—No fue por amor a Pepe el Romano por lo que te delaté ante mamá —le dijo Martirio a manera de respuesta—, sino por ti.

—Siempre lo sospeché —le respondió Adela. Y ambas mujeres se abrazaron.

Como el clamor de los borrachos en la calle era ensordecedor (sólo faltaban una hora y tres minutos para que se acabase el mundo), decidieron cerrar las ventanas, correr las cortinas y poner el gramófono a todo volumen. Alguien, en uno de sus giros, apagó las luces. Y toda la casa quedó iluminada sólo por las estrellas, la luna y el cometa Halley.

Cuando la Meller cantaba Fumando espero (y de acuerdo con los cálculos sólo faltaban cuarenta y cinco minutos para el fin del mundo), Adela, entreabriendo la puerta, le hizo una señal al cochero para que entrase. Éste, un liberto estupendo del barrio de Jesús María, hizo una aparición jubilosa, liberándose al momento de su librea, su chaqueta y sus botas de cuero.

Antes de que se le acabase la cuerda al gramófono, tanto José de Alba como el cochero habían abrazado respectivamente a las cinco mujeres ya muy ligeras de ropa. Volvieron a llenarse las copas, y todos, ya desnudos, se entregaron al amor bajo el enorme retrato de Pepe el Romano.

—No vamos a esperar el fin del mundo dentro de estas cuatro paredes —dijo Adela—. Salgamos a la calle.

Las cinco hermanas Alba salieron desnudas a la calle acompañadas por José, que no se había quitado los calzoncillos, y por el cochero, quien sólo llevaba puestas sus espuelas.

Nunca, mientras el cielo gire (y confiamos en que no cese de girar jamás), se oirán en las calles de Cárdenas alaridos tan descomunales como los que entonces se emitieron. El cochero, instruido, justo es confesarlo, por Adela, poseía sucesivamente a las cinco mujeres, siendo sustituido de inmediato por José de Alba, quien debutó con verdadera maestría. Por último, numerosos campesinos («gañanes», según palabras de la propia Angustias) se unieron también a la cabalgata, poseyendo repetidamente a todas las mujeres, quienes al parecer no se daban por vencidas. Sólo Martirio aprovechaba a veces la confusión para abandonar los brazos de algún rufián e irse hasta los pechos de Adela. Hubo un momento en que estas dos hermanas (y ya sólo faltaban quince minutos para el fin del mundo) entraron en la casa, regresando al momento con el cuadro de Pepe el Romano.

—Ahora podemos continuar —dijo Adela, poniendo el óleo de cara a las estrellas.

Sólo faltaban cinco minutos para que el cometa Halley ocupase el centro del cielo.

Y lo ocupó. Y siguió su trayectoria. Y desapareció por el horizonte. Y amaneció. Y al mediodía, cuando las hermanas Alba despertaron, se sorprendieron, no por estar en el infierno o en el paraíso, sino en medio de la calle mayor de Cárdenas completamente desnudas y abrazadas a varios campesinos, a un cochero y a José de Alba, cuya juventud, inmune a tantos combates, emergía una vez más por entre los cuerpos sudorosos. Lo único que había desaparecido era el retrato de Pepe el Romano, pero nadie lo echó de menos.

—Pues a la verdad que parece que no se acabó el mundo —dijo medio dormida Adela, y desperezándose convenció a sus hermanas de que lo mejor que podían hacer era volver a la

casa.

Guiaba la procesión Angustias, cuyos cincuenta y ocho años por primera vez recibían en pelotas la luz del sol; la seguía Magdalena del brazo del cochero; detrás, Amelia, con alguien que decía ser carpintero sin empleo. Y remataba la comitiva la apretada trilogía formada por Martirio, Adela y José. Así cruzaron el jardín, siempre oloroso a jazmines del Cabo, y entraron en la casa.

Pero antes de trasponer el corredor, Adela arrancó la placa de la puerta, VILLALBA FLORES Y TEJIDOS, sustituyéndola esa misma tarde por otra más pintoresca y reluciente que ostentaba el nombre de EL COMETA HALLEY.

El Cometa Halley fue uno de los más famosos y prestigiosos prostíbulos de toda Cárdenas, e incluso de toda Matanzas. Expertos en la materia afirman que podía competir con los de la misma Habana y aun con los de Barcelona y París. Durante muchos años fue espléndidamente atendido por sus fundadoras, las hermanas Alba, educadas y generosas matronas como ya en esta época (1950) no se encuentran. Ellas congeniaban el amor con el interés, el goce con la sabiduría, la ternura con la lujuria...Pero aquí hacemos mutis, pues nuestra condición de respetables caballeros de la orden de la Nueva Galaxia (sí, somos astrónomos y condecorados por el municipio de Jagüey Grande) nos impide dar más detalles sobre la vida de esas señoras. Sólo podemos afirmar, y con amplio conocimiento de causa, que ninguna de ellas murió virgen.

EL POLVO A LA MITAD

Jesús Díaz

Una película de polvo lo había cubierto todo, desde el auto hasta nuestro pelo. Habíamos cerrado los cristales, pero el polvo cubría los asientos. No hablábamos, pero nos abrasaba las gargantas. Hacía rato que ni los animales ni los campos tenían color, sólo el polvo. Hacía rato también que el terraplén no se distinguía del resto del campo. El campo todo era un inmenso terraplén con una persistente nube de polvo que no acaba de ascender; se mantenía fija, larga, pegada al camino y a todo cuanto pasaba por el camino que era todo lo que había allí, porque todo era igual, todo terraplén, y todo el terraplén era polvo. Lo otro era el sol. Un sol sin centro ni rayos, un sol esparcido, un sol solo calor. Calor, aquel sol no poseía otro atributo. Lo demás éramos nosotros. Intenté mirar la hora para saber el tiempo que nos faltaba de camino, y el tiempo que llevábamos por aquel terraplén, pero la esfera del reloj estaba cubierta de polvo, y aunque se trataba de polvo seco no logré limpiarla. Nada me ayudaba a orientarme. El sol había desaparecido del cielo para reaparecer en todos los lados, quemante. El aire había quedado fijo en medio del polvo, opaco. Delante del auto quizás quince o veinte metros de polvo cobraba forma, se hacía oscuro, compacto. La presencia que comenzaba a concretarse en la nube avanzó. Detuve el auto.

—Siglos no pasaba nadie por aquí —dijo.

Fue una voz terrosa, árida. La forma, al avanzar, fue haciéndose humana. No cabía duda, era un hombre, polvoriento, pero hombre... Alejé mis vagas sospechas al mirarme y mirar a mi mujer, teníamos su mismo aspecto. Entretanto él había montado y yo continué la marcha.

—Siglos llevaba esperando —dijo al rato.

La voz me inquietó. Fue otra vez terrosa y otra vez árida y otra vez cansada y otra vez vieja, como chirrido de bisagra de una puerta cien años sin abrirse.

Miré a mi mujer, pero ella ni siquiera volvió la cabeza. Él regresó a su silencio. Las horas que siguieron me parecieron siglos. Entonces creí entender lo que el hombre había dicho. Siglos después el polvo volvió a hacerse compacto, pero en muchas direcciones. Sólo frente al auto era más claro. A los costados la nube bosquejaba estructuras, descubría formas. Formas de casuchas desvaídas, anaqueles polvorientos en polvorientas bodegas, perros trashumantes, escuela. Aquello era, o debía ser, o debía haber sido, un pueblo.

—Fray Benito.

Dijo la voz terrosa respondiéndome. Quise mirar atrás, mas no fue necesario. El hombre estaba ahora sobre el polvo, al lado del auto.

—Mire —señaló una iglesia estremecida—, ahí bautizaron a Batista, no queda nada, ni yo —dijo.

Se esfumó entre la nube, luego esta se movió por primera vez, arremolinándose alrededor de la iglesia hasta taparla. Arranqué sin esperar a ver más.

—Qué tipo raro —dije a mi mujer.

—¿Cuál tipo? —me preguntó.

—El que se quedó en aquel...

Pero no había pueblo. Sólo una nube fija larga, pegada al camino.

—Creo que el polvo te volvió loco —me dijo.

Intenté responderle, pero no pude porque la lengua se me fue deshaciendo mientras sentía un sabor árido en la boca, y una corriente terrosa en las venas.

ENCICLOFERIA
Luis Rogelio Noguerras

Fragmento de la novela inédita que aparecerá publicada próximamente por la Editorial Letras Cubanas.

¿La "ruta del exceso conduce al palacio de la sabiduría"? ¿El calembur puede devenir

calemaburrimento del lector, lectora, que acaso prefiera acción, cuenta-cuenta en lugar de divagaciones de una mente fuera de su fiel? ¿Generalidades de un género quebradas, crach, como ramas secas, en busca de otra ruta, ¿¿la del exceso??, que conduzca, tal vez no al palacio de la sabiduría, pero al menos, si, a una chozuela un poco más original, ¿¿¿vanidad vacua??? ¿El trillo trillado o el libro que cae de las manos como una hoja seca de un árbol en otoño para luego ser barrida por el viento?

Hay un trasfondo que falta, pero que al mismo tiempo (creo) está: una tensión: la puntita de icaberg, diría el viejo, el milieu, diría el otro viejo un poco más viejo, o las circunstancias, diría el otro viejo menos viejo que al segundo viejo pero más viejo que el primer viejo. [el periódico, la suma de periódicos, noticias mezcladas con anuncios clasificados, la verdad de Revolución con la mentira del Diario de la Marina con las medias tintas de La Calle, ¿revelan en todas su riqueza la época, esa época, mejor que cualquier novela posible?]

Un alma torturada, una mente un poco desfocada. Un hombre lleno de prejuicios y autoconmiseración. En la conversación con Vázquez, subrayar aún más el complejo de culpa de R. No participó en la lucha insurreccional más que de un modo esporádico y marginal. en la conciencia, el recuerdo de Toño I, modelo. También, de algún modo, Toño II, combatiente clandestino, herido en un tiroteo con la policía bastistiana la madrugada del 8 de agosto de 1958. Asilado en la embajada de México el día 9.

Hombre de acción convertido, por obra y gracia de las circunstancias, en hombre de acción: veranillo de san Martín que se vuelve vendaval. No una paradoja, sino una realidad: una época de definiciones y esperanzas. Comenzamos con las manos vacías, como dice Bloch. Comenzamos creyendo que "el sueño y la esperanza son los dos mejores eléxires" (Hufeland: Macrobiótica, 1796); pero luego descubrimos que la verdad no es exactamente lo que quería el pensamiento desiderativo. Ningún hombre es un país, pero ningún país es Utopía, Nova Atlantis, Limanora, La Ciudad del Sol sino es a través de la lucha: una lucha dolorosa. Convertir Barataria en un lugar de orden y ley. Sodoma y Gomorra en ciudades donde el amor y el deseo no sean un sórdido negocio. En sueños, el personaje es un hombre justo. En sueños, deseó siempre una vida mejor para su país. Ea conciente del horror y la injusticia ("un mundo mundo inmundo de hijísimos de grandísimos podridos en platales y pobrísimos infelicísimos muriéndose de asco y rencor y desdicha y sarna; un mundo mundo mundo mundon de el señor jurisconsulto salió sin dejar mensaje y celebraron sus bodas de oro el apoderastra caballero de colón y pila don y la muy reputable y acucillada señora doña mientras al pie, a lo lejos, un niño sin nombre va evolucionando satisfactoriamente desde la agonía a la muerte..."); pero con conciencia falsamente generalizadora (un mundo), como si no hubiese otras perspectivas. Del sueño banal y perecedero a la realidad. De la nostalgia de la esperanza a la certeza de la esperanza.

Despojarse de la piel. "Colocar la esperanza sobre el miedo", sobre las pequeñas arrogancias, los pequeños dolores personales, los pequeños aullidos nihilistas del lobo del alma.

Nota: es realmente cubana, pero no se llama Marta Figueroa ni Virginia Bravo: Teresa Xiques. No tiene veintiún años —aunque los aparenta— sino veinticinco. Vive en miami, 3038 NW, 45 St. Voló a Estocolmo, a expensas de la CIA, el 20 de septiembre. Se alojó en el hotel Grand Hotel, Blasicholmshammen 8. Había sido instruida, durante dos semanas, sobre el papel que debía representar. Un estudio a fondo de las relaciones de Roque Bazán, en USA, en el período 1938-58 permitió determinar que, hacia 1953, Roque Bazán había hecho amistad con el cubano, radicado en Miami, llamado Oscar Figueroa Bravo, quien había colaborado con el FBI a

partir de 1957, informando sobre la compra de armas que realizaba en USA el M-26-7, al cual pertenecía. A mediados de agosto de 1960 la CIA contactó a Figueroa Brito para conocer sus relaciones con R... Figueroa Brito dijo que no sabía de R. desde 1955, lo cual permitió urdir la coartada de que Teresa Xiques era sobrina de Figueroa. A partir de ese presupuesto, se le construyó la leyenda.

Estilo duro, Hammett en esa parte: "lanzó una carcajada", "descubrió los dientes como un lobo y preguntó", "una luz maliciosa bailaba en sus ojos verdes". "Siéntate, cierra la boca, pórtate bien y durarás más tiempo."

René miró el hombre calvo, de gafas negras y poblado bigote que estaba de pie junto al buró metálico, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza ligeramente ladeada y algo que quería ser una sonrisa cortés estirándole los labios pálidos y resecos. Luego desvió la vista hacia el otro, el tal Miller, que continuaba en silencio, con el entrecejo fruncido, y un helado brillo de curiosidad y desprecio en los ojos.

—¿Quiere tomar algo? —repitió el que decía llamarse

Roberto Pillsbury.

"¿Con quién coño me confunden?", pensó René una vez más. Sentía miedo, pero trataba de no dejárselo saber a aquellos tipos. "Calma, calma. Ganar tiempo. Ver por dónde vienen."

—Sí —dije—. ¿Uísqui o algo parecido?

—Uísqui —dijo el de los bigotes.

Cruzó la habitación, abrió la puerta y dijo algo que René no oyó.

"Los gorilas dejarán sus platanitos y correrán a buscar una botella de uísqui a cualquier parte. Ganar tiempo."

OTOÑALES

Los tres autos negros se detuvieron en la esquina de Nybrogatan y Birgerjarlgatan.. Eran las cuatro y veinte de la tarde.

—Puede quitarse los espejuelos, señor roque —dijo Shapiro.

René se quitó los espejuelos oscuros y miró, a través del parabrisas empañado, los arbolitos iluminados de Birgerjarlgatan.

—Estamos cerca. Dentro de diez minutos bajará usted, y echará a caminar despacio hasta ese cafetín; se llama Skansen: tres cuadras y media, aproximadamente. Ponga esto en el bolsillo superior de su saco...

Shapiro le entregó a René un walkie-talkie del tamaño de una cajetilla de cigarros. René lo miró un instante; luego tomó el pequeño transmisor y se lo guardó en el bolsillo que Shapiro le había indicado.

—Diga algo, cualquier cosa. Mi nombre es... Diga su nombre.

—René Roque Bazán...

Shapiro se inclinó hacia el hombro de Miller en el asiento delantero:

—¿Cómo recibes? —preguntó.

Una voz salió de alguna parte de la pizarra del auto: una voz metálica y carrasposa:

—Perfecto.

—Okey —dijo Shapiro.

Se echó de nuevo hacia atrás; miró a René.

—Bien, todo claro, supongo...

—Sí, todo claro.

—La esperará los diez minutos convenidos. Si no acude a la cita, usted regresará por Birgerjarlgatan a este auto. No mire hacia el carropanel; nunca mire hacia allí. ¿Comprendido?

—Comprendido.

Shapiro miró su reloj.

—Ahora todo depende de su buena voluntad y de su talento, señor Roque. Confiamos en que no haga ninguna tontería; usted es una persona muy lista: ¿es listo usted, señor Roque?

—Soy listo, sí.

—Pero no va a pasarse de listo con nosotros, ¿verdad?

—No, señor Shapiro. Un fusil apuntándome a la nuca todo el tiempo es, entre otras, buena razón para no intentar pasarme de listo.

—Así se habla —dijo Shapiro, ladeando la cabeza a la derecha y sonriendo—. Y bueno, ahora vaya, vaya a cumplir con su dama. Camine despacio, por favor.

Shapiro abrió la puerta y se bajó. René bajó y Shapiro le dio una palmadita en el hombro.

—Todo está en sus manos. Señor Roque.

—No pasarme de listo —repitió René—; cincuenta mil dólares o un balazo en la cabeza. No hay que meditar un año para escoger...

—Así se habla —dijo Shapiro—. Vaya, vaya a lo suyo. Y que Dios lo acompañe.

René echó a caminar.

Ganar tiempo. No dejar que ellos sepan que yo sé que ellos saben que debo estar asustado. Cabeza revolú, despéjate. Cerebro, arría tus velas: al paio, quietecito. Piensapiensapiensa despacillo sin prisa ni tropezones tromposos. Déjalos hablar. Oye primero, primo carnero. En el principio fue el verbo de este calvo hijo de puta bigotudo mandón de gavilla de gorilas secuestradores, que noenseña los ojos, y el otro: piel color mierda de mono al cuadrado y canas de cagarme en su alma y mirada fría de rana puaf. Cabeza revolú, nananina de revoltijos. Claridad despejada. Beber despacio ese oporto y dejar que el calvo cadáver diga su jugada: peón cuarto mal oliente. Espero, para ver por dónde vienes. ¿Dí? Sorbos de oporto y mirarlo a los calobares para ver que vea bien que hay desconcierto pero no miedo en mis ojos, aunque él sabe que yo sé que el sabe que debo estar asustado. Mata Hari de cabaré, hedionda, negra por dentro, vaso infame de la traición al que tasca sus tinieblas, al que ambula taciturno. Almadébil de mala muerte que te parió. La maldad hecha sabrosa a tu paladar, la mentira bajo tu lengua, que se convertirá dentro del vientre en hiel de áspides. Pero les advierto: peguen duro, duro siempre duro mismo porque soy de los que nunca nunca en seco nunca siempre nunca mismo nunca nunca se podrán regenerar. ¿Almafuerte? veremos. Dí, cabrón.

El bigotudo posa sus flacas nalgas en la esquina del buró, él también con un caso de oporto en la mano.

—Tenemos mucho de qué hablar, y tiempo de sobra, señor Roque.

—Mi inglés no bueno —le digo.

el mío inglés not bueno, calva. ¿Saber español la tuya? ¿Qué ñañaiga secreta lengua hablas, abacuál?

—Su inglés es perfecto —sigue hablando inglés—. Lo sabemos. Por favor, haga un esfuerzo. Yo no hablo español, y mi amigo tampoco.

¿Cerrarme en mi inglés no comprende yo bobolao tonto solitario?

Levanta el vaso y bebe un sorbo. Sonríe asquerosamente, y siempre con la cabeza ladeada. ¿Torticulis? Torticulis ignatus semper filio de cula ... Se pone de pie, abre una gaveta del buró y saca una carpeta plástica negra y la coloca sobre la mesa y la abre y apoya una mano sobre la mesa y bebe un trago y luego, lee.

Y ¡coño! lee René Roque Bazán cuarenta y... estudió... en USA de mil nove... instrucción superior... hijo de... bana, Cuba... compañía privada... cincuenta y cinco a... Panamérican ear la... trícula aviación civil USA número... residente USA años... sucesivamente en 565 W 2 Av Hlb... 43 St... tía por línea materna llama... vorciado... tatura cinco pies y... libras... Durante quince minutos boquiabiertos parte de mi vida, calles, fechas, nombres, horas, años, boquiabierto escucha asombrada, personas, teléfonos, estupefacción absoluta, y clap cierra teatralmente la carpeta y me mira burlón-ladeado y:

—Como ve, sabemos mucho. Entonces mejor jugamos con las cartas bocarriba. Usted entiende y habla perfectamente inglés. ¿Estamos?

Casi veo verdaderojoazul y las venas del cuello placapún placapún como un tambor, qué ñoñajo es esto. ¿veintiuna?

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

El calvocadáver y centrinorana se miran y luego vuelven a mirarme.

—Vamos por parte, señor Roque, por partes.

Ahora empieza a dar tópico paseíto de razonante discursivo ejecutivo enusodelapalabra:

—...en realidad. sabemos de usted mucho y al mismo tiempo, poco. Es decir, sabemos que usted es la persona cuya biografía acabo de leer, y sabemos además para qué está aquí en Suecia. ¿Tengo que ser más explícito en este punto? bien: usted no está aquí en Suecia para todo ese tinglado tan bien hecho y montado, pero en el fondo barato, de negocios de carga postal. Es evidente que de paso sí, cierto, tenía usted citas con gerentes de SAS y todos sus papeles, que hemos revisado cuidadosamente, son auténticos: contratos, listas de precios... todo muy bien armadito, una linda tapadera de plata bruñida, a prueba de miradas curiosas. Pero usted vino en realidad a algo que no tiene que ver con bultos y paquetes. ¿Me va siguiendo?

¿A dónde recoño de tu pésimo padre te puedo ir siguiendo? ¿Qué lío es ese lío, mierda. Más boquiabierto todavía.

—No sé de qué me está hablando. Yo trabajo en...

—Por favor, por favor— lo ha dicho casi con tristeza, con pena—. Seamos serios. Estamos entre profesionales, ¿eh?

—Le aseguro que no sé de qué me está hablando. Yo vine a firmar un contrato commercial con SAS. Y si saben tanto sabrían que estoy diciendo la verdad.

—Una parte de la verdad. Una parte pequeñita de la verdad. Muy cierto: un contrato con SAS. Coartada comprobada.

—summme sumaamm umme uma umeme um

—doba daba ayayaba?

—ilabiendo ada...

—¿oroque? ¿oroque? ¿moye?

—bale bas. Lebádalo.

—or oque? ¿ñor roque? ¿eye?

ruidos zumbabdis como moscas zumbando vueltas alrededor de mi cerebro zumbbbandoruidos palabras que van haciéndose más claras.

—ñor Roque... ¿señor Roque? ¿Me oye?:

Dolor largo ancho profundo extenso ardor tragar cobre hinchada lengua bulto áspero en la boca. Abro los ojos; fusa borrada luz sucia y siluetas temblorosas. Y luego una cara que va y viene, se va allá lejísimos puntico en humo negro y luego vuelve a acercarse grande y se va y vuelve. ¿Señorita Lechuga? Que mal sueño he tenido. Si supieras. Te cuento, ¿sí? Feos golpes en la barriga. Ponme la mano en la frente. Fría mano suave en la frente, anda. Te cuento más. Te cuento sueño malo más, pero a ver tu mano. Cierro los ojos y los abro. Una cara larga y blanca. Y otra cara blanca y ovalada. Esa sí la he visto. Bigotes como manchón de tinta. Olor a muerto vivo.

—Déjennos solos.

La cara larga y blanca desaparece.

Levanto un poco la cabeza. Estoy acostado. Sin ropa. Nada de ropa. Tengo frío. Como si aún me apretaran la garganta; trago áspero: sangre, Cadáver está sentado en la borda de la cama y me mira. Quitarle de un manotazo los espejuelos negros y hundirle los ojos. Trato. Manos amarradas a ambos lados de la cama. Pies amarrados. Escupirlo. Sangre en su cara muerta. Pero él, zombi, lee mi pensamiento:

—No hagas más tonterías, señor Roque. Ya vé cómo lo ha puesto ese bruto de Miller. Relájese, relájese.

Dejo caer la cabeza.

Voz confesión-terciopelo-cura-susurrante:

—Detesto la violencia, señor Roque. Lamento verlo así. Sinceramente lo lamento. Está en

buenas manos. Lo ha visto un médico. Algunas magulladuras que sanarán. Duerma un poco. Después hablaremos.

Abro los ojos y ya no está. Techo blanco. Vuelvo con esfuerzo la cabeza. Cuello traqueteante adolorido. Una pared blanca. Una ventana tapiada con papeles de periódico. Al otro lado. Lentamente. Dolor alfileres en la columna. Una pared blanca. Una puerta cerrada. Se ha ido. Todos se han ido dejándome solo.

SALÓN PARAISO **Virgilio Piñera**

Pedro llegó a casa muy excitado. Sentándose, o, mejor, desplomándose, en la butaca Chippendale que tanto le gusta, se aflojó el nudo de la corbata -evidentemente le faltaba el aire-, al tiempo que agitaba los brazos y abría la boca, emitiendo sonidos inarticulados.

-¿Qué sucede? ¿Alguna catástrofe?

-¡Ni pensarlo! -pudo al fin decir. Y entonces, de un tirón-: Acabo de ver la maravilla del siglo. A ti, que odias salir de noche, no te quedará más remedio que ir...

-¿Adónde?

-Al Salón Paraíso.

-¿Y qué dan de tan maravilloso en ese salón?

-¿Dar? Nada. No, espera; sí dan..., dan un espectáculo.

-¿Con striptease y todo eso?

-No, hombre; dan...Será mejor que vayas tú mismo. Si te digo lo que dan, no dejarás de pasmarte, pero pienso que te debe coger desprevenido, como a mí.

-¿Te metiste allí como bala perdida?

-Estaba muy triste, y, como dice la letra de ese tango: "Salí a la calle desconcertado, sin saber cómo hasta allí llegué...". Sobre una pizarra decía: "Sin interrupción, de seis de la tarde a doce de la noche. Duración del espectáculo: una hora. Una vez comenzado, se prohíbe el acceso a la sala".

-Te sigo oyendo.

-Pues miré el reloj. Faltaban cuatro minutos para las ocho. Compré la entrada y...

-¿Y qué más?

-Una hora de maravillas.

-Enuméralas.

-Mira -y Pedro se levantó-; no voy a enumerarte nada. Si quieres, vas; y si no quieres, no vas. Son las diez y treinta y cinco. A las once comienza de nuevo. Tienes tiempo. Queda en esta misma calle. Ahora me marcho. Te llamaré mañana.

Pensé: "Pedro no es nada tonto; tal vez, un exaltado; pero, como me conoce bien, nunca me molestaría con anuncios de striptease o de cuadros pornográficos... Ese espectáculo tiene que haberle causado una profunda impresión que, a lo que parece, no se puede transmitir verbalmente".

Mientras pensaba en esto, los minutos transcurrían. Ya eran las diez y cincuenta. De pronto, me puse el saco y corrí al Salón Paraíso. Saqué la entrada y penetré en un pequeño vestíbulo.

Un ujier se me acercó:

-¿Quiere ver el show vestido o desnudo?

Y, ante mi cara de estupefacción, añadió:

-Si lo quiere ver desnudo, entre allí y desvístase; si lo prefiere disfrutar vestido, pase por acá, y

sitúese en el mirador que más le guste...

Estuve por largarme. Olvidándome de la admiración de Pedro, me dije: "Lo de siempre, la pornografía, la solución fácil". Ya le iba a preguntar al ujier por la naturaleza del espectáculo, cuando me dijo, no sin cierta brusquedad:

-Se desnuda, se queda vestido, o se marcha.

Sin responderle, entré en el lugar que me indicara para los desnudos...Era una cabina de dos metros por dos, con varias perchas para colgar la ropa. Tan sólo eso. ¡Ah, no! De pronto, vi un cartelito sobre una puerta: "Acceso a la sala". Como mi madre me echó al mundo, la empujé. Del mismo modo que el espectro de todos los colores, puestos sobre un disco, torna al blanco, si hacemos que éste gire a gran velocidad, del mismo modo, la deslumbrante, enceguecedora luz que iluminaba el Salón Paraíso, dejándome momentáneamente ciego, me sumió en las tinieblas. Y así como el ojo de pronto advierte en su propia pupila un punto rojo, así también, en medio de las tinieblas y pasados unos instantes, vi -ya no sé si en mi propia pupila o dónde- varios puntos rojos. Dejándome guiar por ellos, llegué al fin a uno, que no era otra cosa que algo así como una banqueta. No bien pude abrir los ojos -mis pupilas, al chocar con aquella fulguración, con aquel raptó satánico consumado por la luz desorbitada, se habían sentido como traspasadas por flamíferas espadas de arcángeles aún no imaginados-, no los alcé, temeroso como estaba de nuevas "heridas", sino que, bajándolos, los puse sobre mi propio cuerpo.

Pero no logré verme. Toda forma se había eclipsado. Sin exageración, podría afirmar que mi cuerpo era tan sólo porción y prolongación de la luz desorbitada. Si me lo sentía -sobre todo, por los apresurados latidos de mi corazón-, en cambio, no me lo veía. Lo que hasta ese momento fuera centro, áncora a la que desde nacido me acogiera, ahora, por haberlo la luz incorporado a su materia, se evaporaba, lo mismo que se evapora un cuerpo amado cuando deja de querernos. Y en la absoluta, torturadora necesidad en que me encontraba de verme el cuerpo, mientras más miraba, menos me veía, y a medida que veía menos, más me desesperaba.

Pese a saber que el espectáculo duraba una hora, la luz desorbitada tuvo la virtud de hacerme perder la noción del tiempo. No es que no pudiera calcularlo: habiendo entrado en el salón a las once, considerando que de la puerta a la cabina debí de consumir dos minutos, que los consumidos en intentar vanamente ver mi cuerpo raptado por la luz serían alrededor de cinco, mi reloj no podía marchar más allá de las once y media. Pero junto a esta medición mecánica del tiempo, sentía que ese otro que no marcan los relojes, el tiempo que llevamos dentro, y que no es otra cosa que la duración de nuestra propia vida y de la vida que nos rodea, no me seguía acompañando ya. Al igual que mi cuerpo, me había sido arrebatado por la luz desorbitada. Me hallaba en la embarazosa situación de quien, estando en una habitación a oscuras, y sin dar con el conmutador de la luz, se siente excluido del mundo a causa de una pérdida momentánea del sentido de la orientación. Sabe que al fin dará con el conmutador, pero el tiempo transcurrido hasta encontrarlo lo llevará a ser un puro objeto, como los que se encuentran en el cuarto.

Entonces pensé si alguien más que yo se encontraría en el lugar. Era de presumir que otros disfrutaban de la maravilla. Pero el silencio de muerte que reinaba en el Salón me llevó a creer que yo era el único espectador. Con el fin de cerciorarme, tosí ligeramente. Al instante, y a unos pasos, alguien me hizo sentir su presencia mediante una especie de resoplido. Y como una transmisión en cadena, en distintos puntos del Salón surgieron toses, suspiros, respiraciones fatigosas, y hasta, incluso, murmullos ahogados, semejantes a una orquestación inesperada.

Mas reinó de nuevo el silencio. Ahora la ansiedad, tal vez el placer, o el éxtasis quizá, podían alentar en cada uno de nosotros, de acuerdo con la capacidad de sentir el espectáculo.

Si lo era o no, habría que ponerse de acuerdo: hasta el momento, no lo era en absoluto, si nos

atenemos a la palabra show empleada por el ujier. Llevábamos una media hora en el Salón Paraíso, y nada de lo que constituye un show había dado señales de vida -ni coristas, ni reflectores, ni chanteuses, ni, por supuesto, música. En cambio, si por espectáculo entendemos algo que, en vez de recaer en los sentidos, apela al intelecto, entonces el Salón Paraíso nos ofrecía uno inusitado. Podía equivocarme y, a lo mejor, tendríamos un fin de fiesta con un cancán infernal e irrisorio. No se molesta ni se le hace pagar un elevado precio al público para tenerlo tan sólo una hora expuesto a una luz enceguedora. Si el empresario del espectáculo no quería defraudar a su público; si su sentido comercial era, como es de suponer, práctico, estaba en la obligación de proporcionar algo infinitamente más "caliente" que el insoportable calor producido por millones de bujías.

En el instante en que hacía estas juiciosas reflexiones, sentí, más que vi, no una amortiguación de la luz -se mantenía tan intensa como al principio-, sino un parpadear de una fracción de segundo. Y si digo "sentí, más que vi", es porque mi cuerpo, sustituyendo a mi órgano de la visión, hacía las veces de éste, semejante a los insectos que, privados del sentido de la vista, avanzan o retroceden, esquivan el peligro, o se procuran el alimento por medio de sus antenas. Es decir: mi cuerpo, todo él antenas táctiles, se sintió tocado por ese parpadeo.

Por lo que al instante sobrevino, he pensado después que no se produjo tal parpadeo. Quizá todo se redujo -al menos para mí, pues ignoro si el resto de los espectadores pasó por este trance- a que mi subconsciente se "fabricó" tal parpadeo como mecanismo de defensa. ¿O se produjo como premonición de la nueva fase en que iba a entrar el espectáculo? Nunca pude saberlo.

El caso es que, y para recurrir a una imagen, la divina luz del Paraíso dantesco, que nos asimilaba a su materia, si no divina, al menos tan arrebatadora, centuplicó su luminosidad. No sólo sentimos nuestros cuerpos definitivamente hechos de luz, sino que flotaban también en ella, al igual que los corpúsculos que forman su masa. Como la luz, perdimos la noción de tiempo y espacio. Y perdí más -quizá a su vez los otros-; perdí la noción de saberme vivo entre los vivos, en espera de estar muerto entre los muertos. Como la luz, era eterno. Sin tiempo, sin espacio, sin memoria, sin añoranza.

Pero el Salón Paraíso, lo mismo que su iluminación, eran resultado del esfuerzo humano. Tan sólo espectáculo de una hora de duración, al cabo de la cual seríamos arrojados de nuevo a las riberas de la vida cotidiana.

Empero, la eternidad había pasado por nosotros. ¿Qué tiempo de eternidad? Como no tiene tiempo mensurable, vale decir: toda entera. De modo que, dentro de fundamentos estrictamente comerciales, sin que el empresario se hubiera propuesto regalarnos una congrua porción de éxtasis, a pesar suyo y del carácter sensacionalista del espectáculo, no sólo nos regalaba la congrua porción, sino todo el éxtasis de la eternidad. ¿Sería el caso preguntarse si en su cabeza anidaban otros pensamientos que los de tesaurizar afanosamente? Porque, bien mirado: ¿qué le ofrecía al público? Tan sólo oleadas de luz. ¿Pensaría que derramarla a raudales era toda una "sensación"? ¿Nos imaginaba hartos de ver siempre los mismos shows? ¿Qué se enriquecería con este espectáculo?

De vuelta a casa, estas preguntas, y otra, la más importante, me tuvieron en vela el resto de la noche. La pregunta importante era: "¿No sería un engañabobos asistir otra vez al Salón Paraíso?" El ser humano rechaza lo infausto a tal punto, que comete la puerilidad de enunciar en forma de pregunta lo que es certeza desoladora. El espectáculo era de tal naturaleza y calibre, que nos era dable verlo por una vez solamente. Que así lo hubiese concebido el empresario, o que el ingrediente del éxtasis fuese un suplemento azaroso, no hace al caso. Lo cierto es que tal éxtasis, por el hecho de depender del elemento sorpresa, cesaría automáticamente al fallar ésta. Volver al Salón Paraíso sería algo infinitamente grave: la maculación y la consiguiente pérdida del éxtasis, no tan sólo una pérdida de tiempo. De tal éxtasis, semejante a una amputación brutal, fui arrancado. El parpadeo que precedió al

redoblamiento de la luz había sido, como la llama a punto de extinguirse, el aviso de su postrera y más brillante iluminación. Ese parpadeo llevaba, en su señalamiento, la advertencia de lo ineluctable: "Brillaré intensamente -diría la luz-, y luego me apagaré para siempre". Pero no se apagó de golpe. Empezó a decrecer por grados, pasando sin transición de la luz redoblada a una iluminación que, aunque brillante todavía, permitía ver claramente, y sin ofuscamiento, a personas y cosas.

Sacado brutalmente del éxtasis, pensé, con harta ingenuidad, que de un momento a otro seríamos anegados de nuevo en él. En vilo, y mientras me preparaba para el nuevo chapuzón en la luz, paseé la vista por la concurrencia. Ahora veía cuerpos lechosos que, en su inmovilidad, parecían medusas incrustadas en un banco de coral. Tendiendo la vista, alcancé a distinguir las cabezas de los que habían preferido disfrutar el espectáculo desde el mirador. Tan inmóviles como los desnudos del Salón, semejaban formar parte de la decoración del lugar. Como si temiera una revelación fatídica, no miraba donde debía mirar: a lo alto, a ese espacio que se me antojaba inefable, y del cual dimanaba la luz. Por fin, me decidí. Del techo colgaban cientos de lámparas, que iban desde la gran araña hasta la provista de un solo bombillo. Y justo en el momento en que me puse a observarlas, y como si hubieran estado aguardando por mis miradas, chocaron suavemente unas contra otras, produciendo una especie de murmullo en el que me parecía adivinar esta exhortación: "De acuerdo con tu luz, elige entre nosotros tu lámpara votiva...".

Mi enfebrecida imaginación me llevaba a divagar. Quizá chocaban mecánicamente, movidas por una corriente de aire o por la mano del hombre. Pero yo las dotaba de intelecto, en mi patético afán de encontrar respuesta.

Y aunque fuese tan sólo puro azar, al mirar más atentamente, descubrí en el centro del techo una araña que, por sus dimensiones colosales, parecía decirme: "Seré lámpara votiva de aquél cuya alma sea tan luminosa como yo...".

Me absorbí en su contemplación. A medida que, fascinado, la observaba, se hacía más y más colosal. El techo, al mismo tiempo, se me aparecía como una de esas típicas y arrebatadoras apoteosis del Tiépolo.

Lenta, pero ininterrumpidamente, las luces se fueron amortiguando. Bajé la vista, y de nuevo la paseé por el Salón. Apenas distinguía los cuerpos reclinados en los asientos. ¿Acaso el empresario había proyectado sumirnos en las tinieblas para, de golpe, prender todas las luces y anegarnos otra vez en el éxtasis? No pude hacer una nueva conjetura. El Salón se sumió por entero en las tinieblas. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguí al fondo una lucecita expirante. Era, sin dudas, la llama de una vela. Por lo que pude apreciar, se hallaba en el suelo. Me incorporé para ir en su dirección y tratar de encontrar la salida, pero no me dio tiempo. Una ráfaga helada atravesó el Salón Paraíso, y la lucecita se extinguió. Al parecer, había terminado el espectáculo.

Salón Paraíso está tomado de Aire de Luz, antología del cuento cubano, selección de Alberto Garrandés, Editorial Letras Cubanas, 1999

EL VIAJE

Virgilio Piñera

Tengo cuarenta años. A esta edad, cualquier resolución que se tome es válida. He decidido viajar sin descanso hasta que la muerte me llame. No saldré del país, esto no tendría objeto. Tenemos una buena carretera con varios cientos de kilómetros. El paisaje, a uno y otro lado del

camino, es encantador. Como las distancias entre ciudades y pueblos son relativamente cortas, no me veré precisado a pernoctar en el camino. Quiero aclarar esto: el mío no va a ser un viaje precipitado. Yo quiero disponer todo de manera que pueda bajar en cierto punto del camino para comer y hacer las demás necesidades naturales. Como tengo mucho dinero, todo marchará sobre ruedas...

A propósito de ruedas, voy a hacer este viaje en un cochecito de niños. Lo empujará una niñera. Calculando que una niñera pasea a su crío por el parque unas veinte cuadras sin mostrar señales de agotamiento, he apostado en una carretera, que tiene mil kilómetros, a mil niñeras, calculando que veinte cuadras, de cincuenta metros cada una, hacen un kilómetro. Cada una de estas niñeras, no vestidas de niñeras sino de choferes, empuja el cochecito a una velocidad moderada. Cuando se cumplen sus mil metros, entrega el coche a la niñera apostada en los próximos mil metros, me saluda con respeto y se aleja. Al principio, la gente se agolpaba en la carretera para verme pasar. He tenido que escuchar toda clase de comentarios. Pero ahora (hace ya sus buenos cinco años que ruedo por el camino) ya no se ocupan de mí; he acabado por ser, como el sol para los salvajes, un fenómeno natural... Como me encanta el violín, he comprado otro cochecito en el que toma asiento el célebre violinista X; me deleita con sus melodías sublimes. Cuando esto ocurre, escalono en la carretera a diez niñeras encargadas de empujar el cochecito del violinista. Sólo diez niñeras, pues no resisto más de diez kilómetros de música. Por lo demás, todo marcha sobre ruedas. Es verdad que a veces la estabilidad de mi cochecito es amenazada por enormes camiones que pasan como centellas y hasta en cierta ocasión a la niñera de turno la dejó semidesnuda una corriente de aire. Pequeños incidentes que en nada alteran la decisión de la marcha vitalicia. Este viaje ha demostrado cuán equivocado estaba yo al esperar algo de la ida. Este viaje es una revelación. Al mismo tiempo me he enterado de que no era yo el único a quien se revelaban tales cosas. Ayer, al pasar por uno de los tantos puentes situados en la carretera, he visto al famoso banquero Pepe sentado sobre una cazuela que giraba lentamente impulsada por una cocinera. En la próxima bajada me han dicho que Pepe, a semejanza mía, ha decidido pasar el resto de sus días viajando circularmente. Para ello ha contratado los servicios de cientos de cocineras, que se relevan cada media hora, teniendo en cuenta que una cocinera puede revolver, sin fatigarse, un guiso durante ese lapso. El azar ha querido que siempre, en el momento de pasar yo en mi cochecito, Pepe, girando en su cazuela, me dé la cara, lo cual nos obliga a un saludo ceremonioso. Nuestras caras reflejan una evidente felicidad.

DE LOS TERRIBLES INOCENTES

Eliseo Diego

Vivía en una buhardilla y era diariamente feliz. La buhardilla tenía una ventana de vidrios gruesos, como el ojo sabio e irónico de un anciano que, a la vuelta de tanto amable zapato viejo, se hubiese aficionado al agridulce zumo de sus años. Sentado a su ventana -"soy, decía, la pupila de la casa"- miraba la extensión rojo-desierta de la azotea y, más abajo, las chimeneas de las otras casas, negras, frágiles, con sus importantes caperuzas, que acostumbraban echar con él una pipa de cuando en cuando. Tranquilos, sosegados, expelían todos a un tiempo el humo gris, y entonces era un gusto ver, arropado al fin en el humo, el aire.

Pero, ¿quién que vive en una buhardilla no es poeta? Había allí cosas, no la mesa, sino el modo

de pesar la mesa con sus desvencijadas patas sobre el suelo, rozando al mismo tiempo el barro de la pared y ardiendo con luz propia en infinitas calidades de lumbre según que la encarnase una u otra hora, relaciones, cosas, en fin, que pedían con verdadera urgencia que se les inventase un nombre. ¡Ah, y qué tensa y regocijada quietud hubo el día en que apareció la primera hoja en blanco y el nuevo poeta hundió por primera vez la pluma en el tintero! Un candelabro roto sobre el lavabo pareció que se empinase y no bastaba la brisa a justificar la inquietud del sillón viejo. Hasta la ventana pareció que mirase hacia adentro con extraña esperanza.

Tiernamente le escuchaban los nombres que iba descubriéndoles, procuraban ayudarle, no permitiendo que tropezase con sus esquinas agrias, acallando como podían esos roncós quejidos que a las madrugadas, cuando agoniza la luna, el frío les arranca. Hasta una tarde en que paseaba la azotea y se acercó demasiado al borde, el muro bajo se las compuso para adivinarle el traspies último y contenerlo a tiempo.

Pero pronto se acostumbraron a oírlo y ya se impacientaban cuando dejaba su trabajo. Cierta mediodía en que quiso salir por fresco a la azotea, se atoró y por poco se ahoga entre el humo que una de las chimeneas le sopló poderosamente en la cara.

Hubo una noche en que la hoja permaneció obstinadamente blanca. Al día siguiente fue igual, y al otro igual. Ya el continuado esfuerzo de antes lo traía flaco y débil, y al tercer día, luego de un desesperado argüir, le dio un mareo y cayó desgarrándose la frente con el filo de la mesa. Durmió mal, golpeadas las sienés de rabiosos crujidos, de pesados frotés entre la sombra. A la madrugada se despertó temblando. Tenía la sensación de que alguien lo miraba. Al centro de los cristales empolvados y ahora negros de la ventana aparecía la amarilla pupila con un helado resplandor fijo.

Como un último recurso habló de sí mismo durante siete días. Pareció que lo escuchaban con interés al principio, luego distraídamente. Al séptimo le interrumpió un ruido fuerte. La ventana se había abierto de un golpe. La casa toda bostezaba.

Resignadamente comprendió que había llegado al fin de sí, dejó la pluma inútil y salió a la azotea. El chirrido funéreo de sus zapatos le advirtió demasiado tarde. Se habían aburrido de él y se despeñaba a la calle.

EL CAMBIO

Antón Arrufat

Desde hace tiempo nos miramos.

Cuando no se asoma a su ventana, sé que me observa a través de las persianas amarillas con sus ojos penetrantes, que temo mirar. Lo sé o lo sospecho. Un leve movimiento en las maderas me lo indica. Sus ojos saltan detrás de cada uno de mis gestos.

No sé qué pensar de sus ojos.

A ratos me parecen insolentes, y sin embargo encuentro en ellos como un relámpago maligno, mezcla de burla y complicidad que me atrae.

A veces parecen sonreír.

La ventana se cierra.

Pero de un modo que sólo yo percibo, veo moverse las persianas.

Yo sé que ella lo sabe. Nos hemos encontrado en la calle, y he desviado la mirada. ¿Para qué insistir? Momentos después, sin permitir que nadie se dé cuenta, volvemos a mirarnos a través de las persianas como si hubiéramos corrido a la par, para encontrarnos de nuevo, pero a cierta distancia.

Y ahora está desnuda, con la ventana abierta. Desnuda por un instante. Y al cabo empieza a vestirse. La contemplo, y ella sabe que lo hago. Luego obedezco al llamado de sus gestos: abro mi ventana, temblando.

En silencio me indica lo que debe hacer. Busco mi traje blanco, el que me ha regalado mi padre para ir a misa los domingos, y me desnudo rápido. Al cabo de un instante, casi de idéntica duración al suyo, también comienzo a vestirme.

Las ventanas, de par en par abiertas, y nosotros frente a frente. Ella va al espejo y se peina, se ajusta el vestido, alza delicada un brazo y tiende la mano, y de repente, tras un suspiro, cierra. Todo parece terminado. Pero antes la vi sobre la cama, en la silla, mostrarse uno por uno los bellos adornos de su vestido azul en muda exhibición.

Por muchas veces después permanecen cerrada la ventana y las personas inmóviles. Desvelado abro la mía, asomo la cabeza, el cuerpo. Nada consigo. Comprendo luego: quiere despertar y azuzar mi deseo, que la extrañe.

Lo quiere, y lo obtiene.

Su ventana sigue diciéndome rotunda que no, hasta una tarde en que mis padres salen y me quedo solo. Detrás de mi persiana me apuesto, obstinado, corroído.

-¡Ábreme la puerta! -exclama debajo de mí, mirándome de nuevo al fin, con sus ojos agresivos y cómplices, a través de mi propia persiana.

Abro enseguida. Nunca hubiera podido creerme con fuerzas para hacerlo.

Me suplica y casi me ordena:

-¡Déjame verlo otra vez!

-Si me prometes que me darás el tuyo -le digo.

-Te lo prometo.

Me he puesto su vestido azul y ella mi traje blanco. Bailamos en la sala, solos, sin que nadie nos vea.

EL JUEGO DE LAS DECAPITACIONES

José Lezama Lima

Wang Lung era mago y odiaba al Emperador; amaba en doblegada distancia a la Emperatriz. Codiciaba una piedra de imanes siberianos, un zorro azul; acariciaba también la idea de sentarse en el Trono. Poder así, por su sangre recostada en la Costumbre, convertir sus baratijas, sus bastones y sus palomas hechizadas, en quebradizas varas de nardo y nidos de palomas salvajes, liberando sus ejercicios de los círculos concéntricos. Recorría las aldeas del norte disfrazado de agente del apio, trasponía El Amarillo, penetrando en los puertos. En las posadas mientras él dormía, Cenizas del molino frente al río, vigilaba, jorobadita y huérfana, los baúles. Ponía en sus baúles, en el piso superior, las maderas olorosas y la pólvora, madre de las flores voladoras. En el piso secreto guardaba los candelabros, las cintas de las patas de su paloma favorita y el Tao Te King. Vigilaba con doble ceño cuando llegaban a la corte, por el gran número de cortesanos arruinados y por sus hijos más jóvenes que tenían extrañas amistades entre los bandidos de las cordilleras.

Había llegado a la corte, y después del primer día de recuperarse, entró por la noche en la sala principal del palacio imperial. Lo esperaban el Emperador y los altos dignatarios; cuando entró sorprendió risitas ceremoniosas. La magia no lo había liberado de que los altos dignatarios a escondidas, lo vieran con inferioridad. Como buen mago era ceremonioso, era lento; no obstante, al penetrar en la sala, no pudo evitar una niebla en su memoria, vaciló. Lo que al principio había entrado por sus ojos como una cigüeña de seda, ahora, más saboreado, se mostraba en un dibujo de perlas que daba varias vueltas a una casaca, en el detalle puesto en una manga para hincharla, mejor que en una cadera para ceñirla. Desde los remotos fríos habían venido señores para contemplar la magia, desprendiéndose ese sólido cuchicheo que se evapora de los chinos cuando están reunidos. Un poco más alejados del cuadro espeso de los dignatarios se situaba la pareja imperial. El Emperador, inmutable, como si contemplase una ejecución. La Emperatriz, mutable, como si observara una mariposa posada en la gran espada, reposada en un ángulo del salón, de la época del Veedor del silencio.

Mago de feria, de asociaciones impetuosas, tuvo el error provinciano de mostrar primero sus innovaciones. Su arte consistía en un gran refinamiento de la técnica manual -pasaba una moneda por todos los dedos en el tiempo en que un ejecutante recorre todo el teclado-, unido a la música y a la pólvora. En la mañana, en el reparto que había hecho de su aprendizaje secular, hacía los ejercicios de acoplamiento del músculo y el instante, bien para ocultar una anilla o para soplar vida súbita a una paloma, a dos faisanes o a un largo desfile de gansos. Por la tarde, dirigía, escrutaba su orquesta de cinco profesores de cuerda y un pífano; vigilaba el pequeño abismo rosa de uno de los compases para situar una aventura en la interrupción. Y por la noche, oculto en su más oscura cámara, preparaba sus efectos con la pólvora colorante, para provocar la gran canasta de peras multicolores que se rompe en el cielo en lluvia de manecillas, guantes y estrellas.

A pesar de sus innovaciones, su colección de sentencias lo emparentaba con el estilo de la magia de la gran época. Acostumbraba decir que la magia consiste en pasarse una moneda por todos los músculos en el tiempo en que el espectador tiene que hacer un gesto para demostrarnos y demostrarse que no es una estatua, como un cambio en la posición del brazo, extender un poco más las piernas, o pestañear, mover el cuello. Mientras tal cosa sucede, añadía con crueldad maliciosa, el mago tiene que parecer que está soplando en un pífano invisible. Invisible él también. En una ocasión de-sesperada en que un mandarín arruinado le espetó esta dolorosa pregunta: ¿por qué no empleas el arte de la magia en darle vida a los muertos? Wang Lung, ceremonioso, contestó: porque puedo sacar de las entrañas de los muertos una paloma, dos faisanes, una larga hilera de gansos.

Después de sus innovaciones, sabía Wang Lung que aquella masiva solemnidad reunida en el palacio querría sus vulgaridades, y ya aprestaba su juego de cuchillas para decapitar a la doncella que se aburría mientras el público aclamaba. De las doncellas de la Emperatriz se aprestaba la más delgada de todas, cuando un gesto del Emperador demostró que quería dar otro curso al final del espectáculo del mago. Indicó con frío ceremonial que quería que esa suerte, para el mago la más plebeya de todas, se ejercitase en el cuello de la Emperatriz. Los espectadores temblaron, creyendo que algunas intrigas de la corte habían coincidido para que decidiese un final en que se mezclase lo espeluznante con la alegría secreta de los cortesanos. So Ling, menuda y agilísima, interpretó rectamente el signo y se dirigió hacia Wang Lung, que ya aprestaba los espejos y las cuchillas, los ángulos de sombra y las incidencias, igualando el cuello de una rata con el de la Emperatriz. La cuchilla caía y se alzaba, alzando en cada una de esas ausencias el cuello aislado, sin gotas de sangre y convertido en una entelequia. So Ling,

menuda y agilísima, se levantó después que Wang Lung hubo mostrado su última vulgar destreza, y volvió a sentarse al lado del Emperador.

El Emperador reaccionó ante la más vulgar destreza que puede realizar un mago ante el ceremonial de la corte, encarcelando a Wang Lung. Con esa decisión intentaba demostrar la superioridad de la Autoridad sobre la Magia, y además preparaba una trampa visible: que So Ling visitase de incógnito al mago y preparase la fuga hacia los fríos del norte. En el fondo, el Emperador reaccionaba ante el espectáculo del mago con otro más vulgar, y no ante la corte, sino ante el pueblo. Encarcelando al mago, el pueblo creía que el Emperador se jugaba una carta desesperada, ya que luchaba con fuerzas que él no podía detener como el rayo negro. Después, al fugarse el mago con So Ling, el Emperador se mostraba ante el pueblo en una soledad nostálgica que lo neutralizaba para ser atacado. Y así So Ling, que comenzó sus visitas al prisionero llevándole panes y almendras, pudo posteriormente allegar un trineo y doce perros voladores para escapar hacia el norte, con tan escasa persecución que pronto pudo el trineo sonar sus campanillas.

La aldea a la que se iba acercando adquiriría en la noche una calidad de amarillo con lengüetas súbitas de rojo ladrillo. Los grandes faroles de las casas más ricas, al moverse sopladados por el viento de otoño, parecían pájaros que transportasen en su pico nidos de fuego. Cuando el viento arreciaba y el farol chocaba con la pared, volvían a parecer pájaros que al volar se golpeasen el pecho con la medalla de las ánimas del purgatorio. Al divisar las luces, los fuegos fragmentados, Wang Lung se sintió apuñalado por deseos disímiles, sucesivos, de diversos tamaños. Las luces lo tentaban de lejos y se mostraban en innumerables rostros, en aclamaciones de fuego trastocado. Las llamas levantadas en sitios estratégicos para ahuyentar a los zorros -y el pequeño centinela rojo ladrillo que se encargaba de avivarlas-, trepaban y se fugaban por su espalda y por sus brazos, produciéndole un desperezarse multiplicado por pinchazos incesantes. Hizo un gesto despacioso, detuvo el trineo y saltó para abandonarlo. So Ling semidormida sintió cómo él la cubría con las mantas y levantaba el puño para golpear con el latiguillo a los perros. Saltó también So Ling y se le prendió del cuello, clavándole el gesto como un alfiler largo para que no se le escapase. Pero él, resuelto, la empujó dentro del trineo, y ante sus insistencias, levantó la mano como para golpear aquella mejilla que tanto se brindaba. Un latigazo dado a los perros y se alejaban las campanillas, y Wang Lung, ceremonioso, entró en la aldea, después de sacudir su malhumor.

So Ling dejó que los perros sintiesen lo interminable de ese latigazo, y durante tres días, entrecortados por la lejanía del agua y su encuentro, y por el tiempo más lento en que los perros hundían su hocico en el agua para comer peces aún vivos, mezclándose el sonido de su masticación y el de la agonía de los peces. Dormía y se despertaba sobresaltada, para volverse a dormir, mientras el trineo sobre su propia única luz nocturna se nutría de una extensión infinita. Cuando los perros sacudieron sus campanillas, So Ling creyó ingenuamente que el cansancio les doblegaba las patas, sorbiéndole el frío los tuétanos.

Las manos que sujetaban los perros del trineo se fueron reduciendo a una sola mano de tamaño mayor, que acariciaba su cuerpo con la misma lentitud que el agua elabora un coral. Así en noches sucesivas, hasta que So Ling, que ya había abierto los ojos totalmente, conoció que había pasado de un palacio a una fuga, de una fuga a un campamento. Y que quien la acariciaba, iba creciendo de caricioso a bandido y cazador, espectáculo aumentado en las sucesivas caricias hasta convertirse en el pretendiente al Imperio. Le decían El Real, y por una heráldica de peldaños rotos y reconstruidos se consideraba que su sangre era más pura que la

de Wen Chiu, y que él era el hijo del cielo, y Wen Chiu un perro salido del infierno. Hasta Wen Chiu habían llegado distintas noticias de El Real, considerándolo como un bandido que sólo atacaba a los campesinos ricos que abandonaban sus granjas para pedir en alguna puerta distante algunas semillas de melocotón. Los cortesanos disimulaban, por cautelosa prudencia, que las aspiraciones de El Real fueran hasta el mismo trono; sin embargo, como operaba por el norte del imperio, Wen Chiu lo ignoraba, dejándolo por las aldeas del norte, como si dejase a un monstruo pacer en un tapiz mientras los bucolistas soplaban en sus trompillas. Como era de esperarse, la mujer que rodea a un hombre enclavado entre el bandolerismo y las pretensiones reales, tenía que ser la amante que traiciona a sorbos de té; que va de un campamento a otro para vigilar el sueño que se concentra en la tienda de los combatientes. Y colocar en la cesta, que había entrado con unas botellas de vino, una cabeza separada del tronco con tan graciosa limpidez que las gotas de sangre parecen cera mezclada con cerezas.

Retomemos de nuevo al mago Wang Lung, perdido, despreocupado gustoso por las provincias del norte. Así como en la corte se le pedía siempre al finalizar, los números de fácil virtuosismo: el de la decapitación; en esas aldeas se abandonaba a sus más peligrosos juegos en espiral, abandonando las variaciones y las seguridades anteriores, brindadas por el estilo fugado. En lugar de extraer de sus mangas el ganso o el pelícano, se adelantaba hacia el proscenio, con la mano izquierda en la cintura, y mientras la misma manga se iba agrandando a lo largo de todo el brazo, hasta adquirir la dimensión propia de la manga de campana; iba muy lentamente convocando y variando la atención de los espectadores, alzando la mano derecha, y apuntando hacia el cielo, señalaba la bandada de gaviotas, permanecía en esa posición hasta que se apartaba del grupo una que portaba en el cuello una cinta, que venía en vuelo aceitado a introducirse en la manga. Mientras la gaviota venía a guarecerse en la gruta de su manga, Wang Lung parecía cumplir una orden de Diaghilev, contrastaba su seguridad alegre con la expectación tensa, un tanto mortificada. Wang Lung, que había mantenido su vocación de mago lo mismo en la corte que en la aldea, pensaba con tristeza, que si ese número hubiera sido reemplazado por el ganso que sale de la manga impulsado por un disparo cortante y grosero, la misma expectación del público se hubiese mantenido en igualdad de frecuencia. Ese pensamiento fugazmente lo turbaba, pero él prefería ese gesto de ballet, el índice alzado con artesana altivez, y la gaviota que se apartaba de la bandada y venía a domesticarse en su manga.

Así transcurría, hasta que un capitán que en su visita a la capital, había oído el relato del mago y su fuga, decidió asistir a sus juegos, interrogarlo después, y mandarlo a la corte para que decidiesen de su suerte. Cuando estuvo en presencia del Emperador, éste permaneció indiferente, ordenando que lo recluyeran en prisión militar, pero con el mismo gesto de absentismo con que firmaría la sentencia de muerte para el ladrón del caballo favorito de uno de sus favoritos.

En el subterráneo se veía obligado a abandonar su técnica anterior; tenía necesidad de verificar, de montar sus juegos ante la imposibilidad total de espectadores. ¿Era un deseo demoníaco, o la necesidad de diseñar las excepcionales agudezas de sus tensiones, o un simple juego angélico interesado en sacarle el sombrero a los hombres los días de frío, lo que lo guiaba en su vocación de mago? Sin responder, podemos ahora añadir que se veía obligado a prescindir de su pequeña orquesta y de su delicioso jardín zoológico, teniendo que sacar de las mismas paredes sus últimas destrezas. Colocaba al borde de la mesa el plato de madera, lo presionaba con el dedo anular con fuerza giratoria hasta tenerlo elevado en el centro de la celda. Si sobre el plato, martillaba instantáneamente una impulsión giratoria, sobre el tenedor

el índice al golpear con velocidad inicial y uniformemente acelerada hacia que fuese a clavarse en el centro del plato. Cuando regresaba el carcelero, se limitaba con gesto frío y malhumorado, a despegarlo, pues ya el plato de regreso, en la mesa, Wang Lung por divertimento, provocaba que la vuelta del plato hacia la mesa fuese lentísima, incrustándosele el tenedor como un jinete que despedido de la montura por un ciclón se entierra de piernas en la tierra húmeda. El carcelero tenía la indecisa visión de haber visto, paseándose por el patio, a Wang Lung, con la puerta de su celda cerrada. Para aliviarlo de esta desazón que provoca la presencia de lo extrasensorial, Wang Lung le anunció la muerte de una hija en las provincias del arroz. Al verificarse, días más tarde, esa muerte, Wang Lung consiguió una de sus más incalculables destrezas: desdivinizarse y situarse en una posición de profecía extremadamente favorable para él. Desde entonces el carcelero le traía la misma agua transparente, goteada de limón que tomaba con los soldados de posta.

So Ling iba comprendiendo que ser la amante del pretendiente después de haber sido Emperatriz, era una posición de un lirismo neblinoso y grosero. Creyó que traicionar al pretendiente, después de su fuga banal, era volver de nuevo a la clásica línea de su estirpe. Al encontrarse de nuevo frente al Emperador, no se daba cuenta que estaba desinflada, seca y sin armas. Que se había apartado de la ortodoxia y de la herejía, y que giraba como un reloj inspeccionado por una gata persa. Al principio le decía a So Ling, que El Real era un bandido, que ella lo conocía a saciedad, que no temiese. Después, cambiaba; ahora El Real había consultado con los más pacientes escribas eruditos, y le habían informado, con citas especiales y bien pagas del Libro Sagrado, que en su sangre pesaban unas gotas de oro, con más multiplicación que en las del Emperador. Después, So Ling lloraba o adoptaba la posición de quien en su silencio contraído oculta un secreto. De nada le valió, con más displicencia aún que cuando El Mago fue remitido a prisión subterránea, So Ling fue encarcelada y obligada para escarnio a llevar al cuello un collar de cuentas de madera del tamaño de un ojo de buey disecado. A quien se le acercaba para verla parecía una campesina estúpida o una emperatriz enloquecida por el alcohol.

El Real hizo una encaramuza para tantear las defensas de la ciudad. Creía que cada una de esas embestidas, que le rendían un barrio, representaban un fragmento que ya era suyo, aunque después tenía que retroceder y contar sus pérdidas. Pero ese fragmento, suyo mientras se combatía, llevaba ya la señal de la posible suma total, que se derivaría cuando ya él hubiese atacado los restantes barrios. Había logrado llegar hasta donde empezaban los mercados, y al pasar por los alrededores pobres donde estaba la prisión, pudo casi inadvertidamente poner en libertad a Wang Lung. Contrastaba el gesto furioso de El Real, pintado aún con los atributos de guerrear, que al entrar en la prisión para dar las libertades, parecía por su furor que luchaba con los soldados para que no lo encarcelaran. Wang Lung mostraba, por el contrario, una candidez irónica. Los guerreros tuvieron tiempo para constatar un asombro: de la manga de Wang Lung se iba desprendiendo una rama hasta alcanzar tres metros, surgiéndole retoños rojos. Wang Lung tiró contra el cielo la rama y apretó la mano de El Real. Cargaban con certeza las tropas del Emperador y el pretendiente tuvo que retroceder, abandonar el barrio conquistado, llevándose a Wang Lung hacia las provincias del norte.

En el campamento de El Real se tenía por Wang Lung una veneración delicada. Se le consideraba de una sustancia especial y no se le exigía la constante demostración de su poderío. Cuando un campesino, por ejemplo, le mostraba un potro fuerte, clásicamente herrado, lo hacía con ingravidez, no temía que se fuese a romper la relación que existe entre el caballo, la herradura y la delicadeza con que pellizcaba los músculos del caballo para que nos

mirase artificialmente a la cara con ese metal y esos clavos. Cuando Wang se alejaba, el caballo tenía sus cuatro patas sobre la tierra y el campesino también se alejaba. Así lograba con sus poderes convivir, y no verse obligado, al habitar una lejanía, a perder la diaria distribución de sus instintos. Se deslizaba así en una intercomunicación hialina, se sentía flotar en el polvillo de la luz, observando desde lejos el fuego de toda palpitación y evitando de cerca la rumia vegetativa del aliento. Gozaba así, por la transparencia con que revertían hacia él, de un inmenso campo óptico, semejante a esos cuadros primitivos, donde unas tentaciones con cara de escorpión luchan por enceguecer a un adolescente que no se quiere abismar, percibiéndose allá en el fondo de la tela, una felicísima cocinera que al mismo tiempo se aprovecha para ver desde la ventana un espectáculo que la hace reír nerviosamente, asomando de nuevo su cabeza, dispuesta a prolongar su curiosidad hasta un cansancio que desemboca en la infinitud.

El pretendiente rehizo su ejército y embistió de nuevo contra la ciudad. Como la preparación de la defensa había sido más lenta, el ataque fue súbito. Las vicisitudes del encuentro anterior se perdieron, y la estrategia empleada se había convertido en una especie de prueba de tubas de órgano. Se presionaba una pequeña tecla, que rezaba: órgano tempestuoso (tempête), y contestaba una ramazón sonora, o contestaba a la presión flauta, una vaciedad, y nos convencíamos que el órgano estaba desinflado. Así El Real atacó un fragmento, un barrio ya escogido, y todos los puntos de defensa estaban tan ferozmente obturados que la retirada fue casi inmediata. Pero en ese barrio había una prisión, y allí So Ling pudo, muy asustada, recobrar de nuevo su libertad. El pretendiente la examinó rápidamente, y ya empezaba a caminar So Ling con lentitud, cuando fue lanzada sobre el caballo, enlazada y sacada hacia el campamento del que ella había huido.

El Real preparó en marfil su crueldad. Quería que el mago y So Ling se vieran de improviso en el acto que él había preparado para comunicarle un disfraz brillante a su derrota. Después del descanso, de las palmadas, guitarras, juegos de armas y lazos, se hizo un silencio para la acción del mago. De una a otra tienda, situadas en los extremos del tinglado, salieron Wang Lung y la Emperatriz, se saludaron, rieron, se hicieron cortesías con frialdad redondeada. Encuentro que no revelaba una fuga, el odio por el abandono estepario, reminiscencia, deseo, trineo, frialdad o calor bajo las mantas. Cada uno retrocedió y fueron a sentarse en sus sillas, la de So Ling más cerca de El Real. La multitud se tragaba su silencio y lo devolvía en forma de mosca fría. El pretendiente golpeó en un gong. Los caballos fueron sacados más allá del río que formaba el límite del campamento, para no oír el descarado ruido de sus cascos.

El Real hizo una señal de nerviosa ordenanza. Quería que el festival comenzase por el acto de la decapitación. Wang asintió, y So Ling, con gentileza, se dirigió a la mesa y se ofreció a la cuchilla. Con una gravísima limpidez se vio a su cabeza cobrar una momentánea independencia, pero después ya saludaba, y se dirigía de nuevo a ocupar su silla más cerca de El Real. Algunos distraídos que presumían de estar en el secreto, esperaban que el pretendiente hubiese dado órdenes secretas a Wang o que éste fingiese un desmayo para que la cuchilla siguiese hasta el final. Pero el mago prefirió su acto puro, su diestro artificio, interrumpiendo, aislando momentáneamente, pero sin poner un dedo siquiera en la gran obra de continuidad secreta y ajena. La cortesía encerraba sus ejercicios, y la cortesía no era para él otra cosa que la igualdad que se deriva del timor Dei.

En la corte el aplauso era un terciopelo mortal. Era siempre un final. Potenciaba tan sólo el silencio posterior. En el campamento de El Real, los aplausos, ya rítmicos, eran la introducción

al frenesí. Después de haber empezado por ese número tan fastidioso para el mago, pudo aunar las destrezas que había adquirido durante su estancia en la prisión, con su clásica habilidad para hacer pasar sus dedos entre la pólvora y su orquesta invisible. Llegó a marear, se embriagó a sí mismo, y el campamento acuchillado por las hogueras vigilantes, parecía la gran piel que revienta, el cuero mayor que contiene a una inundación. Sin embargo, los situados en las últimas filas, los vacilantes, oyeron un temblor como de jinetes que se acercaban. Se limitaron a mover sus cabezas y a ser los primeros en retirarse a dormir.

Sería entrada la noche, cuando Wang Lung salió de su tienda. Un silencio frío, acompañado por las asperezas del grillo untado de rocío, se hacía más pesado a medida que adelantaba su curiosidad. Vio a So Ling que también salía de su tienda haciéndole señas, indicándole que terminaría con su curiosidad. ¿Qué pasaba? Con numerosísimo ejército el Emperador había salido a darle caza a El Real. Al avisar muy oportunamente los centinelas de la numerosidad de las huestes que se acercaban, el pretendiente levantó el campamento. Aprovechándose del aislamiento silencioso que quedó como residuo de la gran noche del mago, y que pesaba muy especialmente sobre la pareja, huyó tendido hacia el norte. Pensó que al dejar abandonados a So Ling y al mago, el furor del Emperador se calmaría. Otro error suyo. Al ver los restos del campamento abandonado, el Emperador temió alguna encerrona, y siguió la persecución con más furia. Lo persiguió hasta llevarlo de nuevo a la tierra donde viven los bandidos del norte. Desistió, pensaba que sería más conveniente tener en sus dominios un bandido más que un pretendiente ajusticiado. Inició el regreso cuando la humedad, los arneses y el búho mojado estaban dentro de un círculo.

Ya está Wang Lung en la tienda de So Ling, se extiende sobre las pieles. Wang la acaricia con precipitación incorrecta, sus gestos se van refinando mientras convergen hacia la garganta. So Ling reía con el mismo gozo con que veía avanzar la cuchilla, como quien se oculta de una oscuridad súbita que le rebana de los espectadores. Una curiosidad desatada gobernaba los dedos del mago que iban apretando incesantemente, mientras So Ling continuaba riendo, creyendo que era el juego anterior de los espejos, cuando ella aparecía para el reverso, como escindida por la cuchilla, teniendo tan sólo que retener un poco la respiración.

Después Wang Lung manteniendo la misma curiosidad que ya comenzaba a congelarlo, fue deteniendo los golpes rítmicos de su respiración hasta indiferenciarse totalmente, y así decidido invisible entró en el clarísimo laberinto. Los cadáveres del mago y de So Ling, lucían como si el hálito no se hubiese escapado, sino como si entre esas muertes fluyesen los siglos de un estilo diverso. Asomaba, en uno, la espiral incesante de su curiosidad; en el otro, la sonrisa de una total acomodación, de una confianza clásica. Al congelarse hicieron visibles sus estilos. Las tropas del Emperador que regresaban, quedaban de frente al reverso del tinglado. Ordenó descanso, mientras él se aventuraba por la región donde no había espectadores. Penetró en la tienda, y al contemplar los cadáveres, entró de súbito en un especial tipo de locura cantable. Alzados los brazos, pasaba con rostro invariable de las canciones infantiles a los cantos guerreros. Salió de la tienda, y manteniendo el mismo canto ligero y grave, se dirigió al pozo, que es siempre la peligrosa encrucijada de todo campamento, y se precipitó. Penetraba en la oscuridad progresiva con un tono de voz hecho por las divinidades enemigas para aislar el pensamiento de la voz, y ésta a su vez de toda extensión oscura.

El Real regresaba, perseguía al ejército fiel y aumentaba sus contingentes. Perdía los pasos del ejército que él buscaba, y eso le hacía pensar que estaban dispuestos para recibirlo, y no con recepción de la corte. Cuando su ejército y el del Emperador se encontraron, pudo percibir que

algo de rica expectación transcurría. Al encontrarse, el ejército del Emperador permanecía inmóvil; el de El Real, se adelantó, y con el mismo silencio se unieron los dos bandos. La petrificación del ejército del Emperador, se debía a que éste no regresaba, permaneciendo las tropas en parada descanso; así el otro ejército pudo sumársele, añadiéndole nuevas divisiones, colores, y armas. El Real, se adelantó más allá del tinglado, llegó hasta la tienda y percibió indiferente los dos cadáveres y sus incomprensibles gestos. Se adelantó más aún y llegó hasta el río que servía de límite natural al campamento. Notó que el pico de un flamenco progresaba en las entrañas de un cuerpo envuelto en unas sedas mordidas por unas insignias que tenían que ser calificadas de únicas. Mantenía las manos alzadas y la boca entreabierta se había congelado en el diseño del canto. Al sumergirse en el pozo había sido arrastrado por aguas subterráneas hasta el río que iniciaba su destrucción lenta con pájaros e insectos. Arrastró con limpia elegancia el cadáver del Emperador y lo mostró ante las tropas. Puso en el mismo trineo al mago, a So Ling y al Emperador, y ordenó marcha forzada sobre la ciudad mayor del Imperio.

La ciudad se apretaba en una concentración máxima a la vista de El Real. Los vigías contemplaron la unión de los dos ejércitos y los cuerpos que regresaban en trineo. A la vista de las murallas, el pretendiente hizo levantar un tablado inclinado, donde colocó los tres cadáveres sobre ramas y hojas, quedando como un relieve sobre fondo vegetativo. Algunos curiosos que se aventuraban más allá de las murallas podían alcanzar así ciertas precisiones que trasladaban después a los contemplativos de intramuros. Veían figuras que se desplegaban en espirales uniformemente aceleradas. El Emperador, con el agujero dejado por el pico del flamenco debajo de la tetilla izquierda, continuaba con sus brazos alzados, seguía impulsando sus romanzas. Los de intramuros pensaban que ese canto se debía a que El Real había decapitado a So Ling, cobrándole su traición; que el Emperador daba gracias por la huida de sus enemigos, cuando un horóscopo incomprensible se desató y el pico del flamenco rasgó sus entrañas. El mago quedaba como el curioso ante el retorno, la huida, el cuello de So Ling; curiosidad pasiva que cuando alcanzaba su perfección tenebrosa, podía contener la respiración y contestar a las preguntas que nos envían unos arqueros flagelados.

Después que exhibió los cadáveres durante tres días en el tablado inclinado, cogió una vara gigante rociada con resina olorosa, y le otorgó fuego a las ramas del lecho de los muertos. Cuando el fuego se extinguió, los curiosos que paseaban fuera de las murallas retrocedieron con una confusión delirante. Quedaban marcados con una complejidad que les prohibía hablar o pasear con tanta lujosa calma como hasta que habían contemplado esa destrucción de la plástica de la muerte.

El Real se acostó en el trono cincuenta años. Ningún fuego prendido con una vara resinosa señalaba un comienzo o una despedida. Los curiosos que habían visto los cadáveres sobre el tablado, cuando volvían a la ciudad, quedaban imposibilitados para llevar sus paseos más allá de las curiosidades visibles. Buscaban después soluciones domésticas, favorecían el despacioso crecimiento de sus árboles. Los que no se habían atrevido a ir más allá de las murallas les quedaba ese interior remolino secreto, dispuestos a aceptar el primer humo llegado como un presagio, como los chirridos insistentes del pájaro que transporta una voz.

Cuando los nuevos magos visitaban la corte, se brindaba el mismo Emperador a que el acto de la decapitación fuese elaborado en su propia cabeza. Cuando regresaba a sentarse en el trono, los cortesanos fingían un asombro helado y bien pronto recobraban su inmovilidad. Se había hecho demasiado visible el artificio del instante en que su cabeza liberada iniciaba una oscura

conquista, que los cortesanos no hacían coincidente, ni por el ceremonial, con el descenso horrorizado de los párpados. Los ojos de los cortesanos seguían la cabeza separada, como si, por el contrario, fijaran con exceso, molieran un insecto en una pieza de cerámica.

Consultado por los cortesanos El Claustro Imperial de Lojanes acerca de cómo remediar la espantosa sequía de espectáculos que seguían a la muerte de El Real, dictaminó que era necesario hacer las exequias en la puerta mayor, donde coincidían los pasos de los que se atrevían a ir más allá de las murallas, con los más prudentes que sólo vigilaban la verticalidad de las mismas murallas. Durante tres días su cadáver se mostró envuelto en los cueros y metales de su realeza; se mostró acompañado de rocío, de sol, y al tercer día, al llegar las lluvias, se quedó en una soledad marmórea, pues los curiosos huían... El martín pescador se obstinaba en pasar su cuerpo a través de un anillo de plata martillada. El halcón, noble dueño de su precipitarse, abría lo circular, hasta trocarlo en curso y recurso, convirtiéndolo en el espíritu estepario. El otro halcón, breve, tornasolado, raspaba con furia en un dedo de rotación incesante.

Tomado de Cuentos, de José Lezama Lima. Editorial Letras Cubanas, 1999. Publicado por primera vez en Orígenes, Primavera, año I, Núm. 1, 1944.
